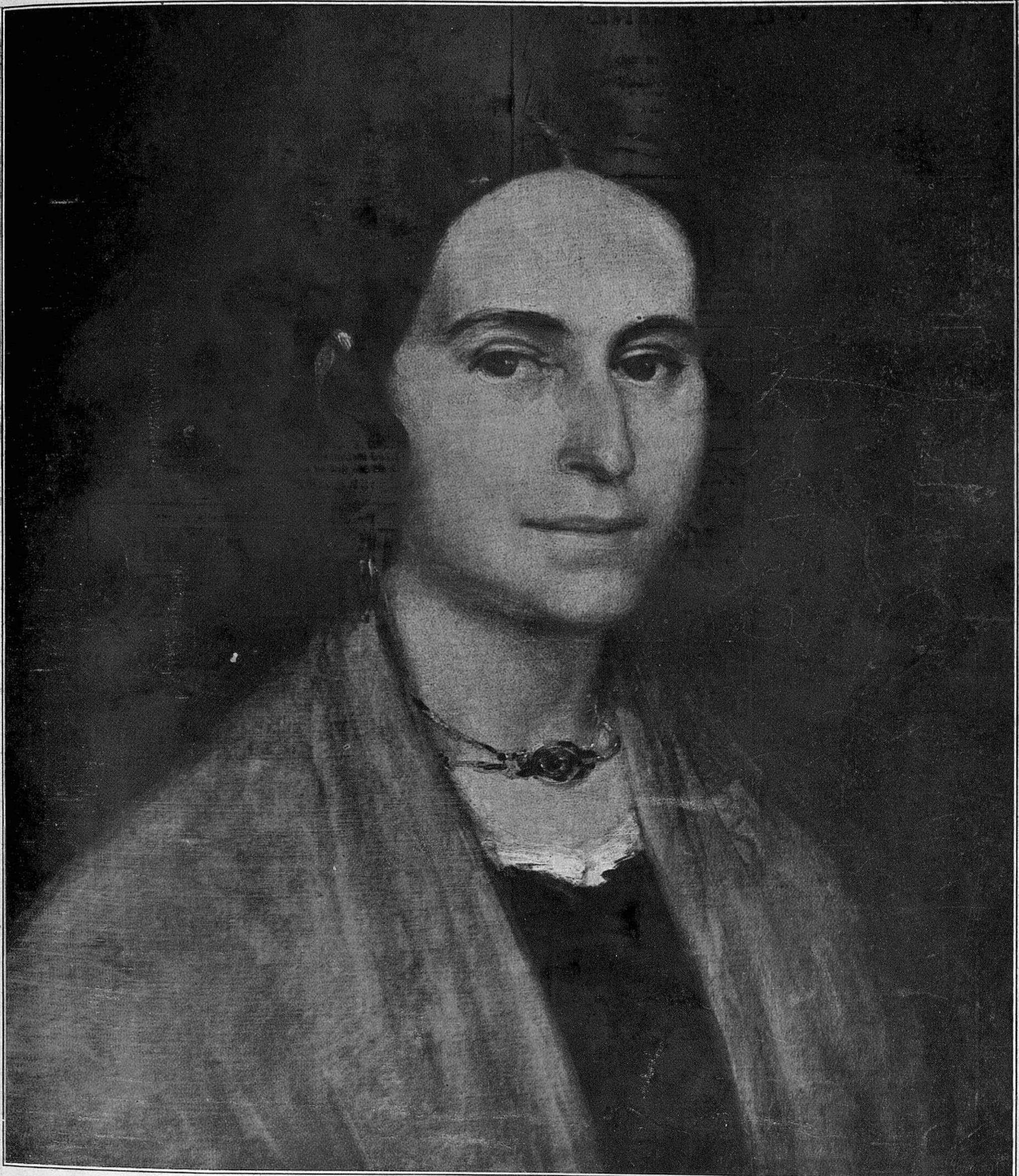


La Esfera

Año VI • Núm. 263

Precio: 60 cénts.



LA ESPOSA DEL CONSERJE DEL MUSEO DEL PRADO, cuadro de Leonardo Alenza,

propiedad de José López Colmenero

TENE DE
BIBLIOTECA

Manos agrietadas
Labios rasquebrajados
Cutis tiernos, asperezas

se sanan y embellecen rápidamente con

CREMA 'HAZELINE'

(Marca de Fábrica)

Perfectamente pura y agradable en su uso.

Se vende en tarros y tubos en
todas las Farmacias y Droguerías



Burroughs Wellcome y Cía.
Londres

S.P.P. 1513

All Rights Reserved

SIBERIA

FOIE GRAS Trufado "SIBERIA", el mejor sobrealimento.
Muy útil para sandwiches y emparedados.



Yo conozco una doncella
joven, rubia, rica y bella,
que dice, cuando me ve:
«¿Queréis que use PECA-CURA?
Siendo bella... ¿para qué?»
¡Desdichada!
Ya veré, desengañada,
en qué para la hermosura
que jamás fué conservada
con productos PECA-CURA.

Jabón, 1,40.—Crema, 2,10.—Polvos, color
moreno (siete matices), rosa ó blanco, 2,21.—
Agua cutánea, 5,50.—Agua de Colonia, 3,25,
5, 8 y 14 pesetas, según frasco.

PEDID las lóciones y esencias para
el pañuelo, serie "IDEA", perfumes:
ADMIRABLE, ROSA DE JERICÓ, CHIPRE,
GINESTA, ROSA, MATINAL, MIMOSA, RO-
CIO FLOR, ACACIA, VERTIGO, VIOLETA,
CLAVEL, JAZMIN, MUGUET, SINIGUA-
LES por su finura, intensidad y persistencia.
Esencia, 16 pesetas estuche; lóciones, 4 y 6
pesetas, según frasco.—Ul'imas creaciones de
Cortés Hermanos, BARCELONA.

RAMOS Bisofíes y postizos que



forman el poro natu-
ral, invención de
esta casa, y reco-
miendo su perfec-
ción. Se aplican tin-
turas y se hace la
ondulación Marcel,

forman el poro natu-
ral, invención de
esta casa, y reco-
miendo su perfec-
ción. Se aplican tin-
turas y se hace la
ondulación Marcel,

Huertas, 7, Madrid

TINTAS
LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS
DE

Pedro Closas

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES
GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 66 al 70 **BARCELONA**
Despacho: Unión, 21

Para perfumar la boca
DENTALINA
Para conservar la dentadura
DENTALINA
1,25 ptas. frasco
CARMEN, 10, ALCOHOLERA

SE VENDEN

los clichés usados
en esta Revista. Di-
rigirse á la Adminis-
tración, Hermosilla,
núm. 57, Madrid

FOTOGRAFÍA
BIEDMA

23, ALCALÁ, 23

Casa de primer orden ■ Hay ascensor



PRIMERO Y ÚNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA
Estacion de altura: 1.700 metros sobre el nivel del mar.—Mayor sequedad de atmósfera
y muchas más horas de sol que en sus similares del Extranjero.—Abierto todo el año.
Para informes y admisión, dirigirse al S. Director-Gerente, D. Luciano Barajas y de Vilches, Hortaleza, 132, Madrid

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

FÁBRICA DE CORBATAS 12, CAPELLAVES, 12
Camisas, Guantes, Pañuelos,
Géneros de punto. Elegancia, Surtido, Economía. PRECIO FIJO. Casa fundada en 1870.

ALFONSO FOTOGRAFO
6, Fuencarral, 6

MAL CUTIS CURADO EN CASA

La mujer de mal cutis se queja expresándose en estos términos: «Tengo que pintarme mis mejillas. Mi único recurso, y lo que me salva, es retocarme para disimular la fealdad de mi cutis pálido.»

En realidad, la mayoría de las mujeres que usan cosméticos se estropean su belleza en vez de aumentarla, y el uso de dichos ingredientes se hace ya completamente innecesario, toda vez que es del dominio público la virtud que posee la Cera Aseptine de embellecer el cutis. Es sabido que la Cera Aseptine es un maravilloso é innocuo solvente vegetal, que hace que la descolorada ó marchita epidermis se vaya cayendo en diminutas y casi imperceptibles partículas, tan suave y gradualmente, que no proporciona molestia de ninguna índole. De este modo se va eliminando el cutis primitivo, como también todas las arrugas, pecas, granos, manchas y otros defectos superficiales, apareciendo un nuevo cutis, claro y saludable, tal como ningún polvo, pintura ó crema puede producir. La Cera Aseptine se vende en las principales farmacias, y se usa como la crema para el cutis, pudiendo dejarse untada toda la noche.

NOTA.—La Cera Aseptine se recomienda mucho para aquellos que tienen especial cuidado de la apariencia de sus manos.

CONSERVAS TREVIJANO
LOGROÑO

LAMPARA "METAL"



Compañía General Española de Electricidad

MADRID

APARTADO 150

PUERTA DEL SOL, NUM. 1

LAMARA-FIO

HELIOS

CABALLERO



COÑAC

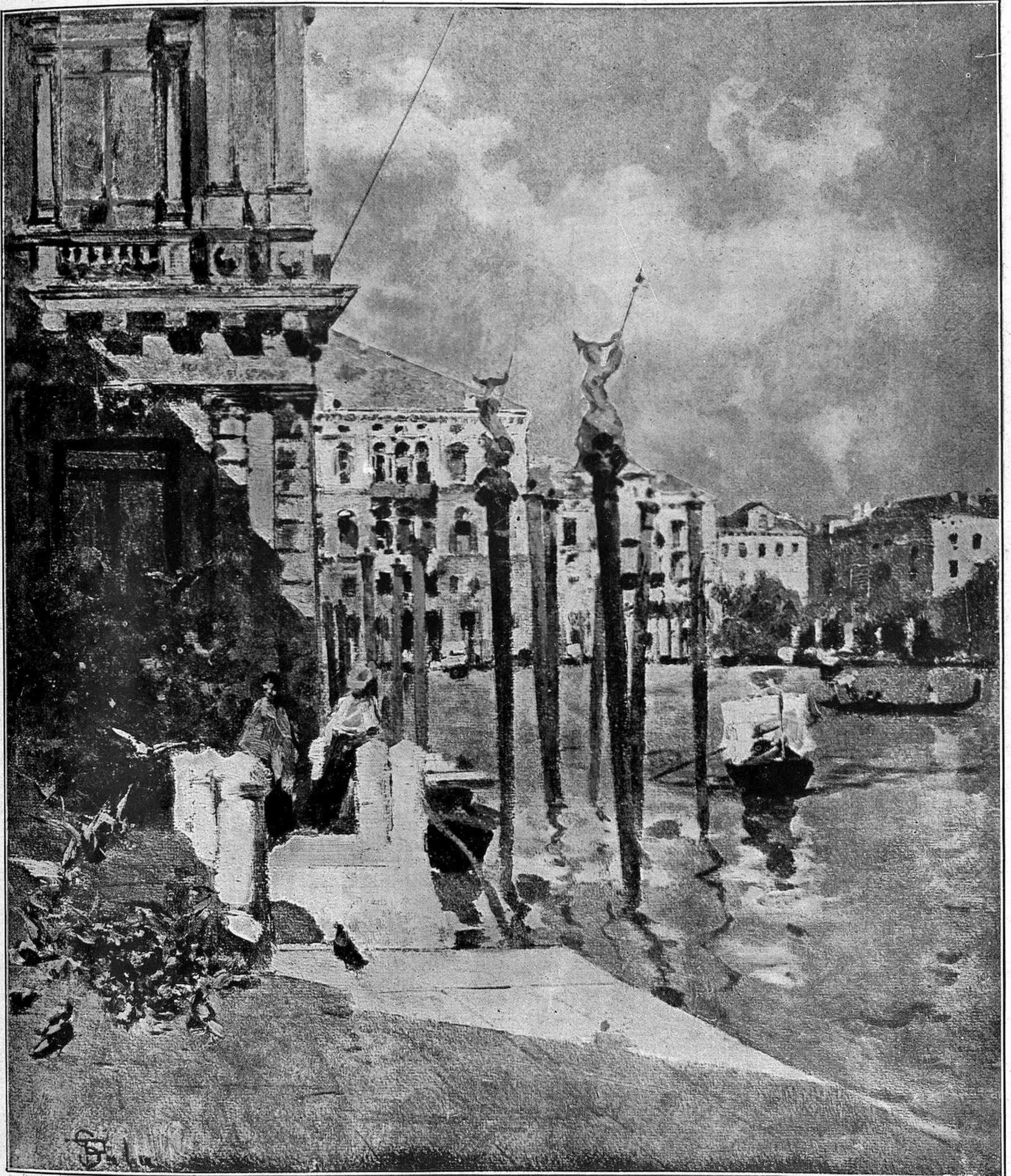
LAMARA S.T.O.

La Esfera

Año VI.—Núm. 263

11 de Enero de 1919

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

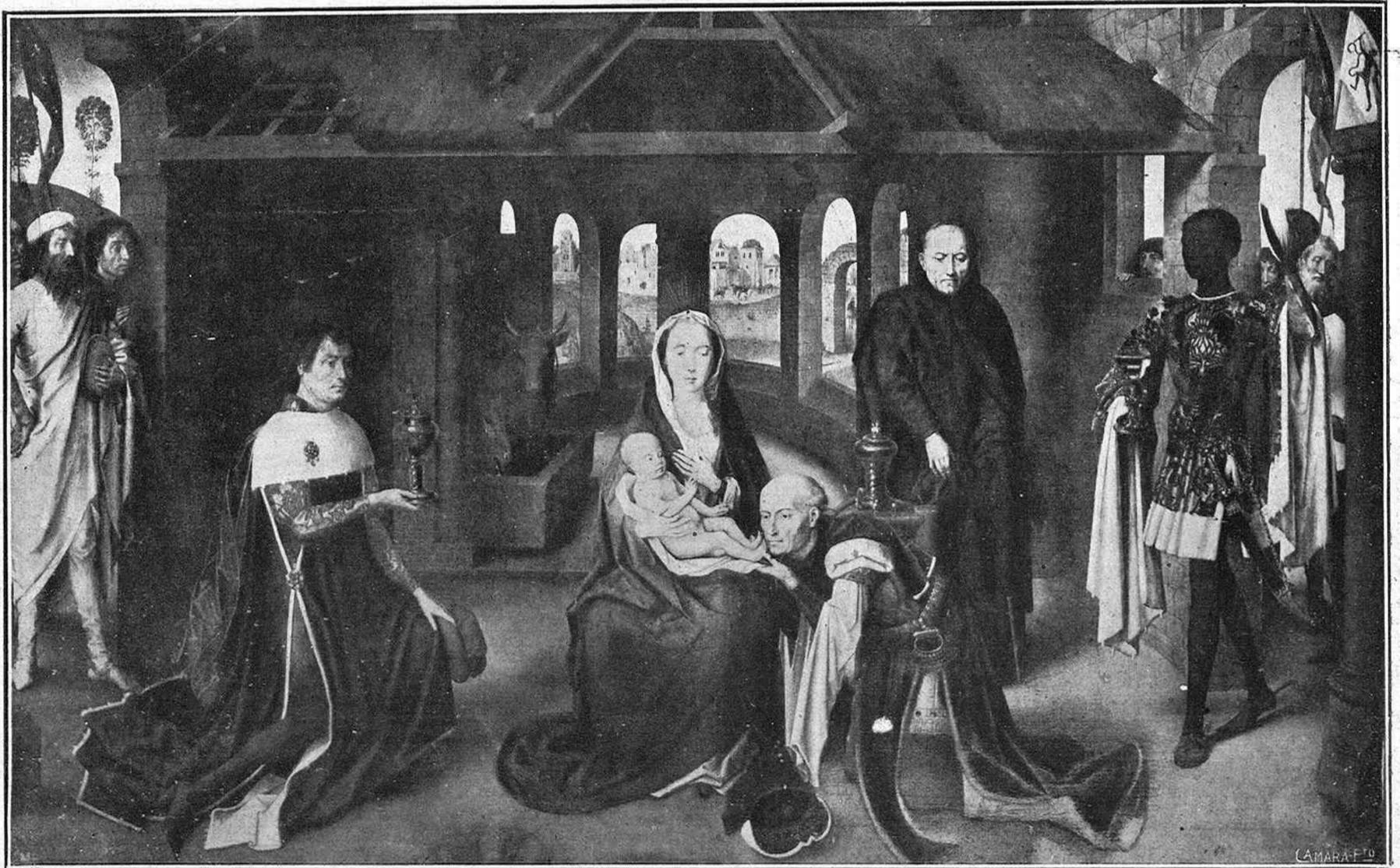


EL CANAL GRANDE DE VENECIA (en el ángulo el palacio de Rezzonico)

Cuadro de P. Sala



DE LA VIDA QUE PASA



"La adoración de los Reyes", célebre cuadro de Memling, que se conserva en el Museo del Prado

LA PLEGARIA INFANTIL

CUANDO el ángel de las horas, el que cuida de que las estrellas del cielo y los relojes de los hombres marchen isócronos en su girar constante, dió el aviso de que era llegado el día de la peregrinación, los reyes magos, Melchor, Gaspar y Baltasar, ordenaron á sus cohortes que se pusieran en movimiento, y montando en sus camellos blancos emprendieron la jornada. Desde hace mil novecientos catorce años salen siempre, en la fecha que la tradición ha marcado, de sus ideales alcázares donde, inmortales, moran, para distribuir juguetes á los niños. Estos les aguardan impacientes. Antes reinaban los poderosos monarcas sobre millones de vasallos. Ahora su imperio se cierne sobre legiones de hábiles é ingeniosos obreros que fabrican juguetes y que se pasan meses y meses ideando nuevos artificios que sorprendan á la imaginación infantil. Esta vez habían estos artistas inventado unos muñecos que correspondieran con la realidad: el gallo de las Galias, que canta el día de la victoria antes de que haya amanecido; el oso de Rusia, que barre con su gran escoba los hombres, como un barrendero vulgar barrería el polvo; la ballena de Britania, que arroja por sus narices surtidores de hirviendo gasolina; el tigre germano, que rompe con sus garras las corazas de sus enemigos; el águila austriaca, que se afila el pico en las cimas de los Cárpatos; el lobo de Serbia, que muerde perdurablemente un hueso, sin lograr romperlo; el mico japonés, que intenta cubrir su cabeza con las crines de un león, para hacerse más temible. Son los personajes de la fábula diplomática y guerrera.

Puesta en orden la comitiva, emprendió el camino. Millares de dromedarios avanzaban en larguísima fila. Seguían cientos y cientos de ele-

fantes. Todos conducían sobre sus lomos cajas llenas de juguetería. El desfile de acémilas ocupaba leguas y leguas. La línea del cortejo de los Reyes Magos se perdía de vista en su infinita longitud. Subía á las montañas, descendía á los valles, atravesaba los ríos, se dilataba en los arenales del Desierto y en las parameras y estepas. Delante marchaba un querubín, sosteniendo en la diestra un sol, que era la guía de los caminantes.

Cuando los buenos Reyes de Oriente llegaron á Europa, quedaron sorprendidos del espectáculo que se les ofrecía. Las ciudades estaban destruidas y desiertas. De los grandiosos templos en que se les recibía con la dulce salmodia de la Epifanía, sólo quedaban ruinas humeantes. De los palacios donde otros reyes tenían sus cortes, sólo se divisaban muros ennegrecidos, techumbres derrumbadas. Oíase el trueno de los cañonazos y el griterío de los ejércitos que peleaban. Por ninguna parte se veía á los niños, á los niños motivo del viaje anual de los Grandes Señores del amor y de la santa alegría.

—¿Dónde están?—preguntaba Melchor.
—Han huído con sus madres.
—Y ¿dónde se esconden?—interrogaba Gaspar...

—No se sabe. El miedo busca misteriosos agujeros para guarecerse.

—¿No encontraremos, pues, ninguno á quien regalar estos juguetes?—dijo Baltasar.

—Será difícil. En lo que fué mundo civilizado, apenas quedan ya ni hombres. Sólo hay fieras.

En esto, los esclavos de Gaspar, que iban de descubierta detrás del querubín portador del sol, encontraron entre los ramajes de una choza que se alzaba en medio de la llanura, un muchachuelo como de seis años de edad, que, al estrépito

de la caravana real, salió restregándose los ojos, como quien despierta de un profundo sueño. Y dirigiéndose con serenidad singular hacia los reyes, les dijo:

—Grandes Señores: aquí estoy esperándoos. Represento á los niños de toda esta tierra en que se derrama sangre. Muchos de ellos lloran al padre ó al hermano perdido. Todos temblamos aterrados por la lluvia de balas que cae... Como sois tan buenos y nos otorgáis cada año lo que os pedimos, me envían mis compañeros para que nos concedáis éste lo que con ansia infinita deseamos.

El esclavo que había descubierto al niño, le preguntó:

—¿Queréis un ferrocarril que ande solo?
—No—repuso el chiquillo.
—¿Un caballo chiquitín, que salte y dé corvetas?

—No.
—¿Qué es, pues, lo que queréis?
—¡La paz!
—No sé qué juguete es ese—replicó el esclavo—. No creo que lo traigamos.

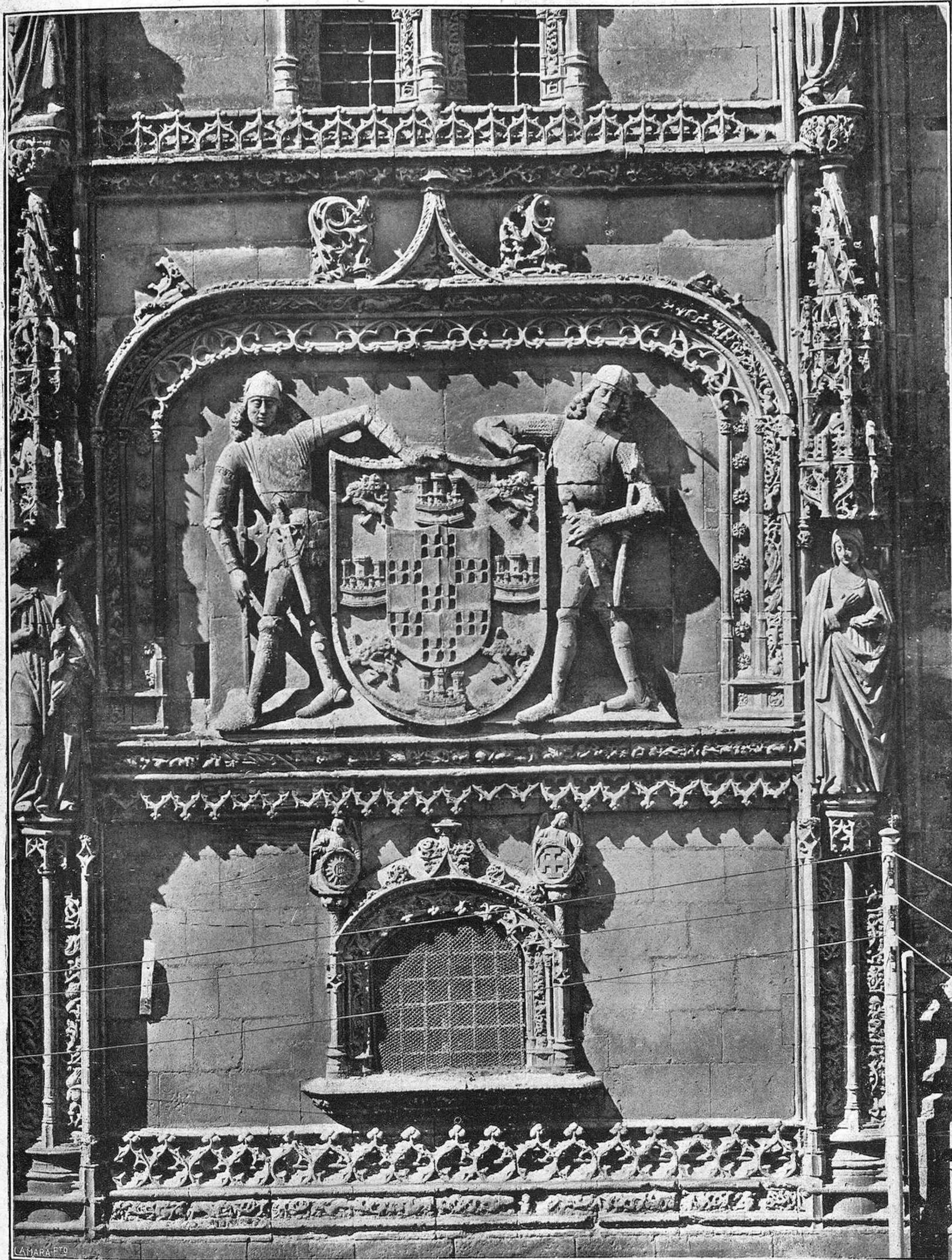
Entonces el rey Baltasar, el de las luengas barbas blancas, intervino:

—¡Ah, niño mío!—exclamó—. ¡Eso que nos pides no está en nuestro poder el concedértelo! Únicamente Dios, de quienes somos siervos, tiene autoridad para imponerla. Ruega á la Divina Majestad para que se apiade de vosotros.

Y mientras la comitiva de los Reyes Magos se alejaba, resonó en los aires una plegaria entonada por voces argentinas, frescas y puras. Era que los hijos de los hombres impetraban del Dios Niño, recién nacido, que la tempestad de los odios cesara y reinase la concordia.

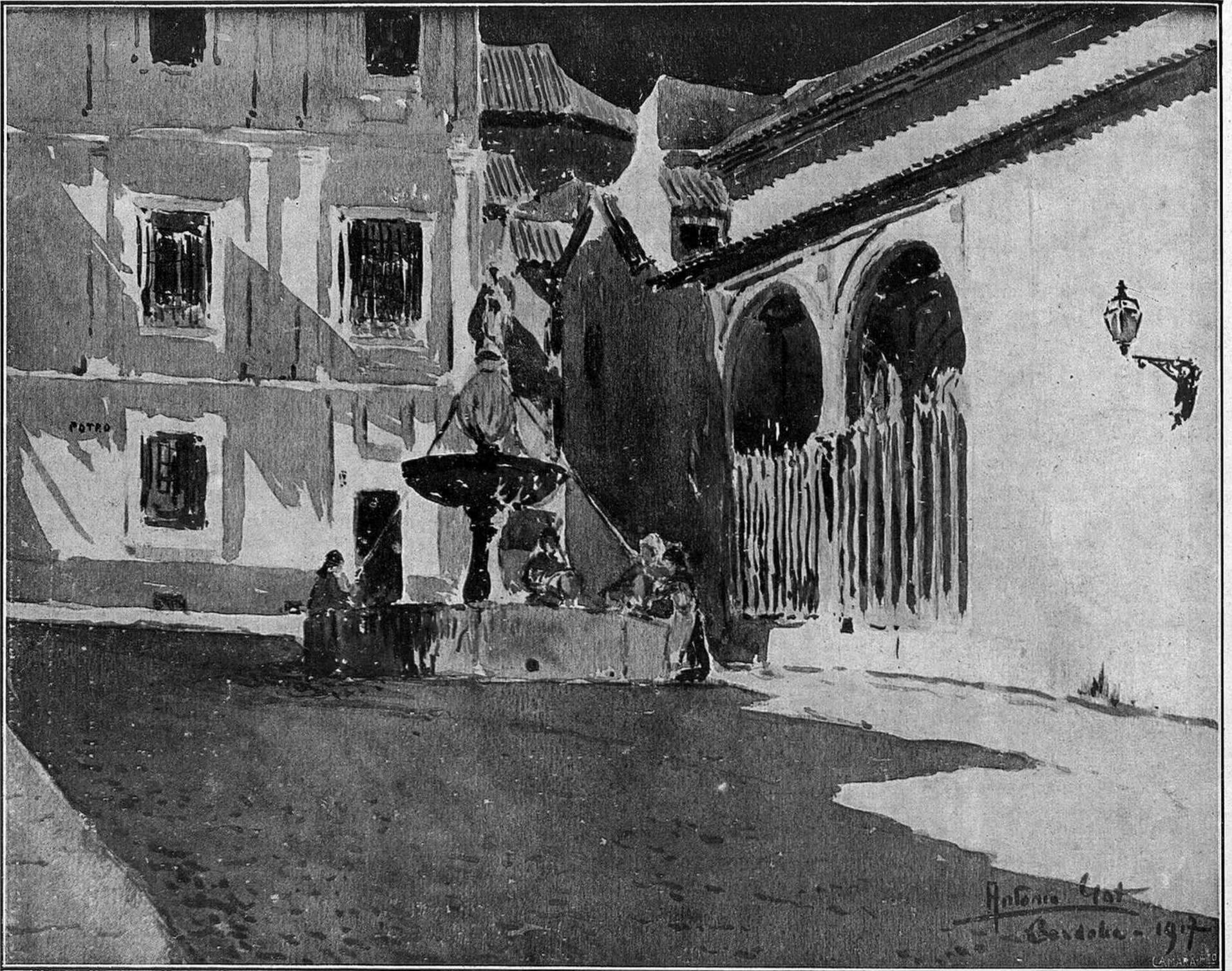
J. ORTEGA MUNILLA

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL



Detalle exterior de la capilla del Condestable, en la catedral de Burgos

FOT. VADILLO



CÓRDOBA, SULTANA...

Córdoba,
sultana...
Corazón ardiente,
—rubi, flor y llama—,
ojos negros, negros,
llenos de tristeza, con temblor de lágrima—
¡Córdoba! Cantares, [mas...]
sonar de guitarras,
rumores
de zambra
lejanos,
en la luz envueltos de la noche en calma.
Misterio
de las celosías al amor cerradas,
labios que sonríen
con sonrisa amarga,
triunfo de claveles,
de rosas y albahacas,
y en los limoneros
fragancia
de azahares
que vien con visa muy blanca, muy [blanca.]

Córdoba,
sultana,
yo sé lo que sueñas,
yo sé lo que aguardas.
Ya no son los días
de sol y de gloria, de amor y esperanza,

cuando los Omegas
reinaban
en el paraíso
de Medina Azahra,
cuando te servían
esclavas
de cuerpo de bronce y de ébano;
cuando te guardaban
en salas de jaspe y de oro
bruñidos alfanjes de plata.

El emir traía
de Damasco y Bagdad,
telas y perfumes,
brocados y armas,
bordados de seda,
trenzados de lana,
el sol en sangrientos rubies,
el mar en luz de esmeraldas,
el cielo en topacios
y el rocío cuajado en el nácar.

Y sueñas
que el emir te llama
con los trémulos labios del viento
que pasa.

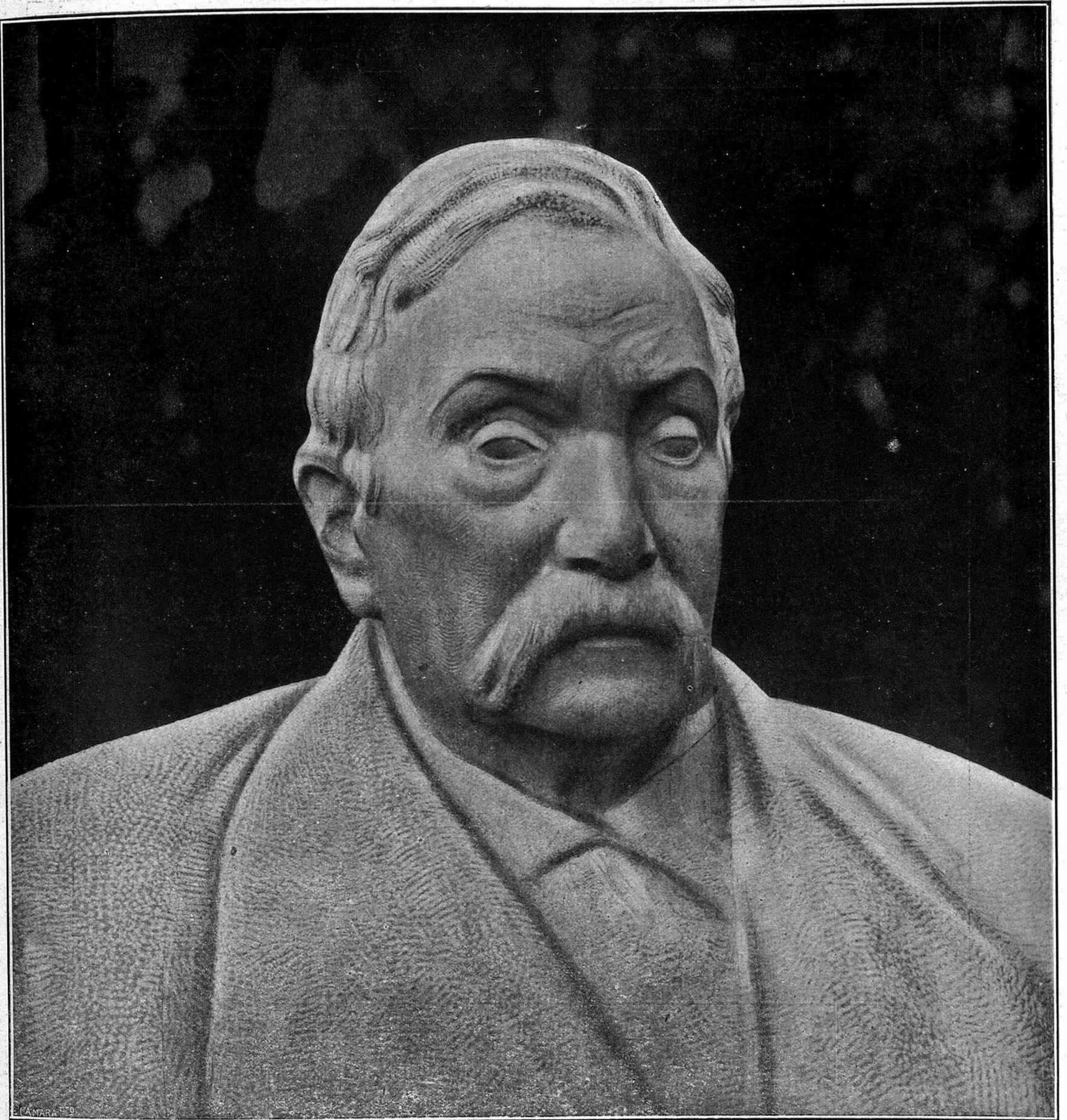
¡Que el amor y la gloria es la luna
que besa y desgasta
con su boca de luz milagrosa
tus piedras doradas!

Córdoba,
sultana,
no aguardes,
porque en vano aguardas.
Pasó tu legenda
dorada,
y el sol de tus glorias
hundió tras los montes su frente de llama—
Ya es tarde... Las fuentes [mas...]
dormidas se callan,
las hierbas
abrazan
como una serpiente
columnas y arcadas,
la hiedra, blason de las ruinas,
enlaza
las piedras
que el ámbar
del tiempo
decora y esmalta.
Ni telas, ni jogas,
ni esclavas,
ni salas de jaspe y de oro,
ni alfanjes de plata...
¡Ya no serás reina
de Medina Azahra!

José MONTERO

DIBUJO DE ANTONIO GOT

UN RETRATO DE GALDÓS

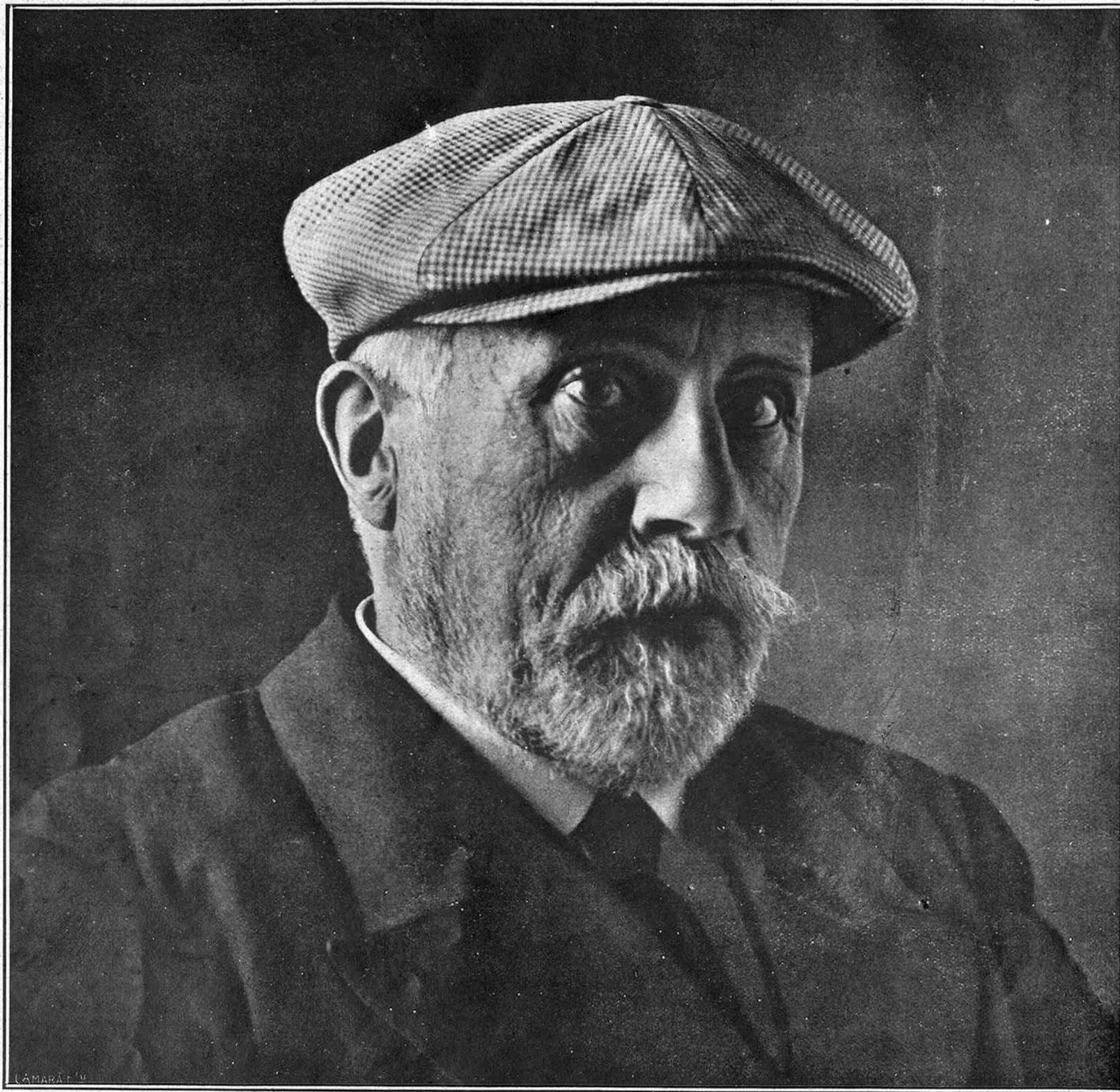


HE aquí el más bello y reciente retrato de Galdós. Por primera vez sus rasgos, que la ceguera augustizó, han sido modelados en piedra para la eterna glorificación. Victorio Macho, el genial escultor, que será acaso el más recio intérprete del espíritu de nuestra raza, el más *arquitectónicamente monumental* de los escultores españoles modernos, ha interpretado al maestro—¡como nunca suena en toda su noble y justa amplitud esta palabra ahora que se aplica á Galdós!—agudizando, profundizando la sobriedad típica de su técnica, desnudando enérgicamente su viril temperamento. En el Retiro, en un sitio recóndito y amable, donde es preciso ir á buscarle, como en lo hondo de sus libros la emoción á través de la externa vulgaridad del estilo sencillo, encontramos al maestro con una inmortalidad pétrea digna de su maciza inmortalidad literaria. Descansa Galdós en la postura habitual de sus días últimos. Una manta—que el artista, naturalmente, ha simplificado hasta alcanzar la serenidad de paños

de un canon clásico, ajeno á los clasicismos griego y romano—cubre las piernas del anciano. Sobre sus muslos descansan las manos sarmentosas, estas manos que han trabajado medio siglo. Sobre sus hombros, la cabeza es de una serenidad, de un brío latente, de una expresión tan plácidamente grandiosa, que suspende el ánimo. Es el Galdós cotidiano, el Galdós coetáneo nuestro, el que vemos soportar su miseria económica y su agotamiento fisiológico, el Galdós que todavía oímos hablar y que todavía dicta sus artículos. Pero es también el Galdós ya inmortalizado, el Galdós de más allá de los siglos, el Galdós que ocupará en la historia literaria de la Humanidad un puesto al lado de Esquilo, de Homero, de Shakespeare, de Cervantes, de Goethe, de Balzac, de Dickens, de Zola... Y es, sobre todo, el Galdós donado á la posteridad sin alharacas oficiales, sin cortapisas ni abdicaciones del ideal puro. Ha bastado el esfuerzo de varios escritores, la generosidad de un artista y la fe del pueblo en el maestro.—S. L. FOT. SALAZAR

NUESTRAS VISITAS

PABLO IGLESIAS



PABLO IGLESIAS

Por mucho que me esfuerce, no conseguiré daros una impresión justa, exacta, del despacho pequeño, desordenado y modesto, en donde, durante unos instantes, esperamos al viejo jefe del partido socialista. Es la habitación de un estudiante aplicado que gusta rodearse de viejos libros de lance. Toda la pared frontal está repleta de volúmenes, y también los hay sobre la mesa y en montones alrededor del sillón... La habitación del fondo es la alcoba, y en la obscuridad, blanquea la alba colcha de *crochet*, que cubre el lecho. La luz se recibe por un balcón que cae sobre la calle de Ferraz, y desde el cual se contempla el recreo de Magic-Park, desolado en estos días de hielo, y más allá, un pedazo del paseo de Rosales, también triste y solitario, porque la tarde muere envuelta en el sudario gris de la niebla.

Al lado del balcón, una vieja butaca de mimbre, blandamente preparada con su almohadón forrado de seda, nos habla de los muchos ratos que pasará *el abuelo* refugiado en sus brazos,

rememorando los días de fervientes luchas ó entregado á la lectura de sus libros amigos. A mí, esta modestia, casi esta pobreza con que vive el jefe de los socialistas españoles, me produce una tierna emoción.

Aparte de sus sentimientos políticos, que no compartirá el que no quiera, todos tenemos que estar de acuerdo en que la figura recia, austera, redentora y romántica de Pablo Iglesias es sublime. Una condescendencia suya, una blandura, hubiese cambiado su pobre vivienda fría en confortable hogar. Una claudicación momentánea le hubiera colmado de honores y riquezas, y, sin embargo, nada le hizo vacilar; envejeció sin apartarse un instante del camino emprendido, sin separarse de sus ideales, sin renunciar á su pobreza.

Seguramente ahora, sentado en esta butaca, recibiendo el calor de un brasero, al enterarse de las continuas y vergonzosas claudicaciones de esos hombres que se llaman políticos—no aludo á Cambó ni á Melquíades—, hará un ges-

to de asco y se sentirá muy superior al medio moral que le rodea.

Fueron unos segundos de espera; en seguida apareció la figura apostólica, venerable y sugestiva de Pablo Iglesias. Ya no es el Pablo Iglesias de otros tiempos: aquel que ante la injusticia se erguía amenazador, enseñaba los dientes, apretaba los puños, fascinaba con sus ojos de acero y rugía como un león. La edad y las dolencias han puesto grilletes á su espíritu y á sus entusiasmos. Solamente sus ojos claros continúan jóvenes y brillan intensamente al rememorar el pasado. Viste con pulcritud: una camisa de dormir, un traje claro y un pañuelo de seda cruzado al cuello; su cabeza está enhiesta, con una gorra. Lentamente me saluda y me invita á tomar asiento ante su mesa de trabajo; después él se deja caer sobre la butaca de mimbre.

—Estoy muy enfermo—me dice con lentitud y amargura.

—Pues por las apariencias, nadie lo adivinaría.



—Sí, sí; en estos días he mejorado algo; pero, sin embargo, no consigo que mi mal rompa el cerco con que me oprime.

—Pero ¿qué tiene usted?

—No lo sé; vejez, agotamiento, debilidad; me ahogo en cuanto hago el menor esfuerzo.

—Entonces ¿no va usted a la Casa del Pueblo?

—No puedo; si no salgo de casa nada más que para dar un paseito por Rosales, cuando el día se presta a ello.

—Y por el Congreso, ¿cuánto tiempo hace que no va usted?

—Mucho. Cuando se discutían los sucesos de Agosto estuve un día y me ahogaba. Volví a casa malo y me costó unos cuantos días de cama. No puedo, no puedo.

Y el recio caudillo socialista decía estas palabras transido de amargura.

—Pues yo deseaba hacerle a usted una información para LA ESFERA.

—Me agrada por charlar un rato con usted; pero me contraría por tener que hablar de mí.

Hice un gesto para desvanecer sus últimas palabras; pero él, sinceramente, las afirmó.

—Se lo digo a usted de verdad; a mí me molesta extraordinariamente hablar de mi vida y de mí. Creo, y me parece que no estoy equivocado, que a nadie importa nada el hombre, sino su obra.

—No estoy conforme, D. Pablo; el hombre interesa si su obra es interesante.

—Yo solo no tengo ninguna obra. Lo digo de verdad. Mi partido es el esfuerzo de muchas voluntades. Todos contribuimos por igual.

Hablaba lentamente, con cansancio.

—¡Este pícaro ahogo!—lamentó.

—¿Le molesta a usted hablar?

—Un poco; pero no se apure usted; llegaremos hasta donde se pueda... Estoy condenado al silencio y la quietud.

—¿Quiere usted que hablemos de sus principios?

—Con mucho gusto. Esos son sencillos.

—De pequeño, ¿se crió usted con holgura?

—¡Quíá, no! Con hambre, con mucha hambre. Mi padre era proletario en el Ferrol.

—¿Allí nació usted?

—Sí, allí; allí vivimos penosamente con el jornal de mi padre. Pero un día murió, y mi pobre madre se encontró en la calle agobiada por el dolor, desamparada y con dos hijos, el mayor, yo, de nueve ó diez años.

Hizo una pausa para respirar largamente, y después me preguntó:

—¿Usted vió alguna vez sufrir a su madre?

—Sí—murmuré entristecido.

—¿Verdad que es el dolor más grande del espíritu?

—En efecto—asenti.

—Y yo, con mis diez años, ¿cómo iba a remediar sus males? Recordó entonces mi madre que aquí en Madrid, en casa de Altamira, estaba colocado un tío suyo; pero como la pobre no había tenido la precaución de cultivar este parentesco, llegamos a Madrid en su busca y nos encontramos con que el allegado había muerto. Y en este Madrid tan grande y tan bullicioso para los que llegan de provincias, nos encontramos los tres, desolados, sin un pedazo de pan que llevarnos a la boca y sin una casa en donde refugiarnos.

—¿Y qué tuvieron ustedes que hacer?

—Los hijos ingresamos en el Hospicio y la madre tuvo que ponerse a servir.

—¿Guarda usted buen recuerdo del Hospicio?

—Regular. Allí aprendí el oficio de tipógrafo y allí me pegaron injustamente por ser bueno.

—¿Cómo por ser bueno?

—Verá usted. Yo era aplicado, sumiso, puntual y trabajador. Era lo que se llama un chico bueno; en mi oficio se podía salir a la calle; pero yo no usaba este privilegio más que cuando era preciso. Llegó la Nochebuena; tenía hambre de ver a mi madre, y en una de mis salidas corrí en su busca; no supe separarme de ella en toda la noche. A la mañana siguiente, cuando volví al Hospicio, el regente, que era un hombre de corazón muy duro, me cuadró delante de él y me dijo: «Oye, granujilla, ¿en dónde has pasado la noche?» «Con mi madre», le dije, «perdóneme usted; tenía muchas ganas de verla y me daba

pena dejarla sola en una noche tan señalada.» Y aquel hombre, que, repito, tenía corazón de tigre, me pegó despiadadamente. No soy rencoroso y todavía siento rabia al pensar en ello; siento el ultraje de las bofetadas, como si me las estuviera dando ahora mismo.

Y el viejo león se agitaba nervioso por el recuerdo y angustiado por la disnea.

—¿No le han vuelto a usted a pegar?

—Me prometí entonces no dejar a ningún hombre que me pusiera la mano encima, y... hasta ahora no se ha repetido el caso, y... ya es demasiado tarde. Bueno, pues sin ningún requisito, sin despedirme de nadie, abandoné aquel mismo día el Hospicio y empecé a rodar por las imprentas.

—¿Y le iba a usted bien?

—En unas bien y en otras mal. Mi afán en el oficio era ganar un poquito y, sobre todo, aprenderlo bien. Yo me tropecé con un impresor, Julián Peña, que me estrujó todo lo que pudo.

—¿Y le guarda usted rencor?

—No; si yo no sé odiar; se me olvidan en seguida las ofensas. La prueba es que siendo ya jefe del partido tuve la vida de este hombre en mis manos y lo salvé.

cómo vivo; pero lo doy todo por bien empleado al ver el vigor de nuestro partido.

—¿Habrá usted para lo muchas vicisitudes?

—Figúrese usted. Todas las cosas miserables las he conocido y he vivido; estuve en el Hospicio, en el hospital y en la cárcel. Tengo sesenta años; a los quince empecé a luchar y no lo he dejado hasta la fecha. Yo he sufrido y he trabajado intensamente. Ahí, amigo Audaz, en donde está usted, me he sentado infinitas noches a escribir, y cuando he querido recordar me acompañaba la luz del día. ¡Así estoy!

Fué un suspiro justificado por el ahogo, que cada vez se acentuaba más.

—Y en su vida íntima, ¿ha sido usted feliz?

—Perfectamente feliz.

—¿Es usted casado?

—¡Oh, no!—rechazó—. Tengo una compañera desde hace muchos años, y nos queremos mucho y bien.

—¿Cuál es la aspiración suprema que tiene usted?

—Para mí particularmente, nada. Yo, viejo y enfermo, ¿qué voy a desear? Que los ideales de mi partido avancen, que prosperen nuestras iniciativas y que consigamos hacer una Humanidad mejor.

—¿Cuál ha sido el día más feliz de su vida?

Meditó, y, moviendo la cabeza, exclamó:

—¡Oh! Son muchos los días y eso es difícil. Recuerdo que en el Congreso los demás diputados han solido decirme: «Pero ¿qué vida es la de usted? ¿Qué goces disfruta?» Yo me he sonreído; porque aquí en donde me ve usted, yo soy uno de los hombres que ha tenido más momentos dichosos en la vida. ¿Le parece a usted poca felicidad sentir el entrañable cariño que me profesan los compañeros? Pues qué, ¿he gozado yo poco cuando he salido de propaganda por provincias y hasta en los sitios desconocidos me encontré siempre con hermanos? ¿Qué saben de estas cosas los que creen que la felicidad se halla en alimentar un vicio repugnante? Es preciso experimentar estas sensaciones para apreciar en toda su intensidad el placer indescriptible que proporcionan.

—¿Y sufrir?

—Sufrir, he sufrido mucho; ya se lo he dicho.

—¿Cuántas veces estuvo usted en la cárcel?

Sonrió.

—Nueve ó diez, ¡qué sé yo! Aquí estuve en el Saladero dos ó tres veces. ¡Cárceles horribles! ¡La cárcel de Málaga es espantosa! Con decirle a usted que en Diciembre le levantan a uno en vilo las chinches, ya está dicho todo. Yo pasé en esta maldita cárcel dos Nochebuenas, y no podré olvidarlo nunca.

—Y en peligro de muerte, ¿ha estado usted alguna vez?

—No creo haberlo corrido; en 1909 trataron de asustarme diciéndome que me iban a fusilar. Claro que no lo consiguieron; era inocente querer asustar con la muerte a un hombre como yo, que hubiese dado la vida con gusto por el triunfo de sus ideales.

Al decir esto, le dió un golpe de tos. Su rostro se puso violáceo. No podía respirar. Acudimos, solícitos, en su auxilio. El venerado abuelo se ahogaba... se ahogaba... Al fin, pasó la tos y quedó el maldito ataque de asma. No podía hablar. Trabajosamente, haciendo un gran esfuerzo, balbuceó, deplorándolo:

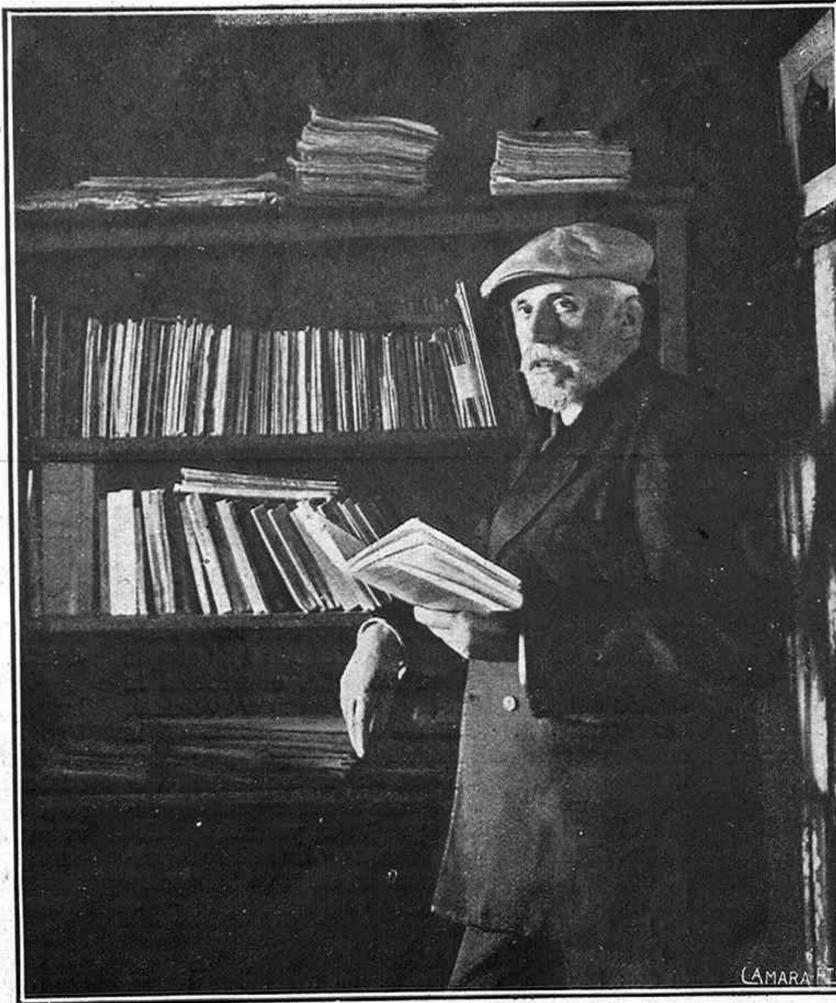
—¡Ya ve usted!... ¡No puedo!... ¡No puedo!... ¡Me ahogo! Otro día...

—Sí, D. Pablo; no se moleste usted; otro día, cuando ya se sienta usted fuerte, continuaremos y me hablará usted de política general y me contará usted cosas muy interesantes de su vida. ¡Ahora, no quiero molestarle más; a cuidarse mucho y a ponerse bien!

—¡Sí, sí!—murmuró angustiada y amargamente el viejo caudillo de los ojos de tigre, dientes de león y barbas de santo—. Me parece muy difícil ponerme bien y seguir viviendo...

EL CABALLERO AUDAZ

FOTS. CORTÉS



Pablo Iglesias en su despacho

—¿Ganaba usted mucho en el oficio?

—Sí, señor, porque era algo largo—que se dice—, y cuando logré libertarme de Peña trabajaba a destajo, aquí en casa de Rivadeneira y en *La Iberia*.

—¿Y cuánto ganaba usted?—insisti.

—Me sacaba un jornal decoroso para aquellos tiempos: alrededor de los treinta reales; pero hacía un gran esfuerzo para conseguirlo.

—¿Y cuáles eran sus vicios y aficiones de entonces?

—Ninguno; yo no he entrado todavía en una taberna a beber ni a jugar; lo único que me gustaba con locura era el teatro; tanto es, que tuve pensamientos de hacerme cómico. Iba siempre que podía, y era en lo único que gastaba algún cuarto.

—Y su hermano, ¿continuó en el Hospicio?

—No, señor; antes del año de mi fuga le saqué yo.

—Ahora hablemos de sus primeros pasos en el socialismo.

—Esos fueron bien seguros y públicos. El año 69, cuando se formó la Internacional, ingresé en ella y formé con todos los compañeros el partido. De entonces acá, ¡cuántas luchas! ¡Cuántas inquietudes! ¡Cuántos peligros! ¡Cuántos sufrimientos he soportado! Muchos; no me explico





CÓMO MATÓ MARGOT

AQUELLA noche, cuando abandonamos el *restaurant-concert*, única distracción de los trasnochadores en la vieja ciudad, mi amiga la exquisita danzarina, á quien había vuelto á hallar reposando de sus recientes glorias en la paz del retiro provinciano, me invitó á continuar nuestra conversación por la orilla del río, bajo las estrellas.

—Voy á contarte—dijo—un suceso terrible y á la vez muy extraño, que debiera pesar en mi conciencia: yo he dado muerte á un hombre.

—¿Tú, Margot?...

Se había detenido junto al poyo de piedra que bordeaba el río silencioso.

—Sí—continuó—, yo he dado muerte á un hombre, fríamente, casi sin emoción, y sin otro motivo que el haber aprendido á matar.

Y después de un silencio, que yo guardé también para no demorar su relación, mi incomparable amiga comenzó á referir:

—Yo conocí en Italia á un hombre extraño, un tal Marco Rugiero, que se decía noble calabrés, si bien nadie creía en su abolengo, y menos aún en su riqueza. Rugiero era un hombre de mundo, poseía el ingenio necesario para hacerse agradable, y su rostro moreno recordaba las líneas del árabe español; pero, además, había en su mirada oscura cierta frialdad que producía en mí la sensación de un agudo estilete penetrando en mi alma... Poco tiempo después de empezar nuestra historia, yo sentía hacia Marco un amor pasivo, una verdadera sumisión de hembra sugestionada por la voluntad y la fuerza.

Sin embargo, hasta un año después no sospeché siquiera que mi amante fuese un criminal, un verdadero técnico del arte de dar muerte. Muchas veces, en nuestra intimidad, le oí jactarse de saber asesinar de manera segura y fulminante. Recuerdo que una noche llegué á preocuparme oyéndole explicar «su» puñalada única, infalible, un golpe magistral, en que se combinaban diabólicamente el ángulo preciso del acero y el punto más sensible del corazón. Y como yo, no obstante, me permití dudar de que fuera posible á la mano de un hombre consumir aquel golpe matemático, tomó un cortapapel de

marfil y, abrazándome, señaló entre mis hombros descubiertos el punto necesario á un ataque mortal. Vi en la luna frontera, compuesta la ficción del asesinato; la plegadera, casi vertical, constituida en trágico estilete; el escorzo de la mano maestra que dirigía el golpe, y, sobre todo, la mirada implacable que Rugiero clavaba en el puñal por cima de mi hombro, como quien ejecuta un difícil trabajo de precisión, y sentí un miedo horrible... No pude contener un grito y escapé de sus brazos, como si, en efecto, el abrecartas fuese un arma terrible y mi amante el peor de los bandidos.

Desde aquel día le escuché seriamente, y hasta con interés, cuantas veces me habló de su terrible ciencia, si bien aún no supuse que la hubiera practicado jamás. Su figura angulosa de hombre enérgico adquiría tal forma de verdad, tan medrosa armonía en las demostraciones de su arte criminal, que yo misma le induje á repetir aquella explicación espeluznante, y con mis dotes de interpretación copié su actitud trágica en una de mis danzas indostánicas.

Por entonces Rugiero me estimó ya tan suya que no vaciló más en mostrarme hasta el fondo su conciencia. Y no me horroricé: tan preparada estaba para admitir el crimen bajo la mía propia. Le interrogué con más curiosidad que espanto, y él me hizo una prolija relación de su sombría historia, que fué para mí clave de todos los misterios anteriores; su fortuna, su técnica, sus viajes tan frecuentes...

A solas reaccioné después contra el peligro de tener á mi lado un asesino de aquella condición, y decidí aprovechar alguna coyuntura para escapar del lado de mi amante.

Una contrata ventajosa para el «Ideal», de Viena, me ofreció la ocasión de partir sola, prometiéndole regresar á Florencia apenas terminase mi compromiso en Austria. Rugiero sonrió al acceder. Hacía casi un mes que sus reservas de dinero se habían agotado y vivíamos sólo de mi arte; imaginó, sin duda, que mi decisión de abandonarle obedecía á aquella circunstancia, y, sin oponer nada, me dejó partir.

Margot calló, reuniendo en su mente los re-

cuerdos con que reconstruir todo el final del drama.

—Debuté en Viena—continuó—con mi danza indostánica, la cual, según costumbre, me reportó un gran triunfo. Ya estaba yo habituada á percibir desde la escena el estremecimiento que recorría al público cuando yo levantaba un agudo cuchillo ceylanés sobre el indio amarrado á un grueso tronco en la selva sagrada. Por mi parte, poseo la certeza de que si en aquel punto hubiera descendido serenamente, firmemente, el arma, mi pobre compañero de baile—un comparsa cualquiera del país—se habría desplomado sin exhalar un grito, como bajo la mano del propio Rugiero...

Al volver esa noche á mi cuarto encontré la tarjeta de un amigo, aristócrata español, que me invitaba á cenar de madrugada, prometiéndome noticias de Florencia. Pero á quien encontré al llegar á la cita, en el reservado de un apacible restaurante campestre, sonriendo al placer de la sorpresa, en vez del español, fué á mi siniestro amante, más impasible, más fríamente bello que nunca.

—¿Cómo has venido?—dije.

—¡Bah!... ¿Creeías que iba á perderte sin defender tu amor?—contestóme—. Ya pasó aquel apuro: volvemos á ser ricos.

Y, displicente, tiró sobre la mesa su cartera de foga, que desprendió, al caer, un río de billetes de Banco italianos.

Mi sorpresa sólo duró un instante, pues Rugiero se apresuró á explicar:

—Apenas te marchaste fuí á ver á un usurero y conseguí ese préstamo: cincuenta mil liras; no tenía más en su caja.

Tuve miedo de preguntarle, pero adiviné todo en su mirada. No me quedó ninguna duda acerca de aquel «préstamo», para el que mi amante nunca tuvo ninguna garantía; presumí la rotunda negativa del usurero, la tragedia que Marco llevaba ya incubada y en que triunfaría su terrible destreza una vez más...

¿Querrás creer que antes de horrorizarme sentí un íntimo halago ante aquel homenaje que nunca se me había rendido? Fué una sensación

mixta de vanidad y miedo, eso sí, un miedo indescriptible por hallar á aquel hombre unido nuevamente á mi vida, con las manos en sangre.

Pero Rugiero comprendió mi emoción y quiso distraerme sacando jovialmente más dinero de todos sus bolsillos para derramarlo sobre la mesa. En aquella maniobra salió con las monedas un soberbio puñal agudo y largo, cuyo mango, trabajado en marfil, era una verdadera obra de arte oriental. Y al observar de cerca la impresión que me causó su evocadora vista, Marco explicó entregándomelo:

—Es mi regalo, Margot. Soy un admirador de tu danza indostánica y he querido ofrecerte para ella un arma digna de tu divino arte.

No pude menos de sonreír á aquella adulación; bien es verdad que no eran muy frecuentes en mi amigo tales delicadezas, tan fuera de su temperamento rectilíneo y enérgico.

Vió dominada entonces mi primera emoción y quiso, con audacia, resolver la escena en un transporte pasional.

—¿Qué haces sin acercarte?—me dijo—. Aun no me has abrazado.

Sentí la seducción de sus brazos atrayéndome por debajo de los míos, y yo abracé también, sin pararme á soltar el puñal admirable, como en un paso de mi danza indostánica.

No sabría explicarte lo que ocurrió por mí en aquel momento. El brazo de Rugiero, al elevarme á sí, me obligó á alzar la mano por cima de su hombro, y cuando me di cuenta, mis dedos dirigían ya el puñal como él lo habría alzado días antes sobre el usurero de Florencia. Y dejé

de ser dueña de mí misma; la noche, el aislamiento, la situación compuesta por el terrible abrazo, me habían invadido de un repentino instinto criminal; y, en fin, aquella técnica maldita que él mismo me enseñara, obró como una fuerza irresistible que lentamente me hizo bajar la mano, hundiendo toda el arma entre los hombros de mi pobre amigo.

La contracción de aquellos brazos que me tenían presa y la dilatación de sus facciones fueron los solos signos del estupor horrible en que acabó la vida de Rugiero. En seguida sus brazos dejaron de estrecharme y todo su fornido cuerpo, falto de consistencia, comenzó á gravitar sobre los míos en trágico desplome. Conseguí colocarle en un sillón.

—¿Y luego?—pregunté puerilmente, persiguiendo el final de la aventura.

—Luego—dijo mi amiga—, un poco espanta-

da, recogí con presteza cuanto pudiera orientar á la justicia y escapé entre las sombras que envolvían el pequeño edificio. Desde fuera aun oí dar las cuatro en el breve reloj de sobremesa que allí quedaba marcando los minutos de la eternidad.

—¿Y no se sospechó?...

—Nadie. Rugiero era desconocido en Viena. ¿Quién iba á imaginar que la gran danzarina del «Ideal», obsequiada de príncipes y nobles, tuviera algo que ver con la muerte de aquel pobre extranjero? Un médico forense, bastante perspicaz, estudiando la fina puñalada que privó de la vida á Marco Rugiero, y en posesión de informes sobre el usurero recién asesinado en Florencia, aventuró la hipótesis de que ambos hubiesen sido muertos por la misma mano. Esta opinión, que sin saber por qué—mira qué absurdo...—vino á aquietar un poco mi conciencia, intrincó todavía la cuestión, dejándome acabar en paz mi compromiso en Austria. Desde allí vine á España, y algún tiempo después era esta guerra como una roja esponja que borraba el horror de todas las tragedias anteriores.

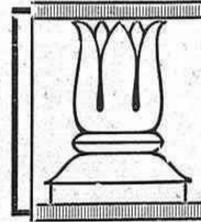
Así dió fin Margot á su relato, reanudando el paseo por la vieja alameda del río. Ya clareaba sobre el montón de casas desiguales, coronado por la ruinoso catedral.

Como una evocación, la solemne campana de la torre dejó caer cuatro sonoros golpes en el silencio del amanecer...

RICARDO DONOSO-CORTÉS

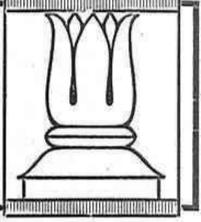
DIBUJOS DE VARELA DE SEIJAS





CORAZÓN CANDOROSO

(CUENTO DE REYES)



SIEMPRE que veía pasar por su lado á alguna niña vestida de primera comunión, se quedaba embobada contemplándola, como si fuera un ángel bajado de las regiones celestiales para alegrar la vida, como un relámpago de felicidad ó una promesa de bienaventuranza.

Aquellas galas blancas, tan immaculadas y sutiles; aquellos velos de tul que flotaban en la brisa, como banderas de pureza, sujetos con diademas de azahar, sobre las cabelleras rizadas; aquellas niñas de actitud candorosa y mística, le parecían seres privilegiados de un mundo seráfico y delicioso, inaccesible para ella, pobre flor de arroyo, envuelta eternamente en andrajos; descalza de pie y pierna y con los cabellos desgreñados.

Se la veía siempre en las puertas de las iglesias implorando la caridad, con una mano extendida, pero sin plañir, á semejanza de las viejas mendigas, que la toleraban por su insignificancia y su silencio.

Prefería aquellos lugares, porque en ellos tenía ocasión de ver con frecuencia á las comulgantes, y en ninguna época del año era tan dichosa como en las claras mañanas primaverales,

en que los templos, encendidos de cirios y perfumados de jazmines, semejaban las antesalas del cielo, envueltos en nubes de incienso y en armonías divinas.

Entonces, ella, entraba furtivamente en la Casa de Dios y se deslizaba, como una sombra, en la penumbra de las naves, entre las devotas abstraídas en sus rezos.

Contemplaba con preferencia, una á una, las santas de los altares. Las había engalanadas, como princesas de leyenda, con túnicas de brocado y mantos de terciopelo y oro, todas aureoladas con el halo de la consagración, premio de la fe y del martirio.

Conocía la vida ejemplar y milagrosa de casi todas, que había oído referir en tantas ocasiones á los predicadores:

Santa Eulalia, crucificada, mártir entre las mártires...

Santa Inés, que resistió, auxiliada por la divina gracia, la prueba del fuego...

Santa Genoveva, la reina bienaventurada, á quien una cierva asistió en su destierro.

Santa Lucía, abogada de los ciegos.

Santa Filomena, casta princesa, cuyas he-

ridas del suplicio fueron curadas por los ángeles.

Santa Casilda, la del milagro de las rosas...

Cuando ella pasaba, tímida y recogida, todas estas imágenes la sonreían beatíficamente, como diciéndole: «No temas, pobre niña, estás en la morada del Señor, donde son preferidos los humildes.» Pero ella, entonces, miraba con desaliento hacia el altar de la Virgen Inmaculada, que parecía dispuesta á ascender á los cielos sobre una media luna, coronada de estrellas, y la veía rodeada de niñas de albos velos, como una corte de palomas, que la hacían la ofrenda de sus ramos de azahar.

—Si yo tuviera—se decía—un vestido como la nieve y un velo como una nube de plata, podría estar entre esas niñas y tal vez me sería fácil acompañar á la Virgen Santísima hasta el trono de Dios...

¡Pero ella no tendría jamás galas semejantes! Vivía con una vieja refunfuñona, á quien llamaba madrina, y todo cuanto recaudaba de las limosnas tenía que entregárselo, para que la muy taimada se lo gastase en aguardiente, diciendo que el aguardiente era el «aceite indispen-

sable para alimentar la lámpara de su preciosa vida».

—¿Qué va á ser de ti, legañosa, el día en que este ángel tutelar estire la pata?

Y al decir *este ángel tutelar*, la vieja ladina se daba un golpe de *mea culpa* en su hundido seno.

La pobre niña mendiga veía deslizar los días de su existencia en la orfandad más desoladora. Iba á cumplir doce años de vida miserable, sin calor de hogar ni amor de familia. Pasaban los días memorables que la cristiandad celebra y santifica: las fiestas Pascuales; las Navidades; los Reyes; la Semana Santa, con su Domingo de Ramos, sus matracas del día de Tinieblas y sus campanillas de Gloria; las ofrendas de Mayo, cuando la primavera llega cargada de flores para todos... ¡Pero á ella todo parecía estarle vedado, sin comprender por qué fatal designio!...

—¡Ah, si mi madrina fuese un hada, podría sucederme lo que á *Cenicienta*, que siendo tan pobre como yo, bailó y se casó con el hijo de un rey!...

¡Pero su madrina estaba muy lejos de ser un hada!...

Un día vió el entierro de una princesita; era una princesita de su edad, poco más ó menos... ¡Pero qué carroza!... Toda blanca, con ocho caballos blancos, empenachados con plumas de cisne y cubiertos con gualdrapas de tisú. La caja en que iba la hija del rey era de marfil y plata y la resguardaba una urna de cristal... ¡Ninguna pompa humana había causado en su ánimo tan honda impresión!... Nada, ni las procesiones más solemnes, donde las imágenes benditas eran conducidas en andas, entre un jardín de rosas y de luces...

Todo aquel acompañamiento de magnates y de carrozas de respeto... Aquellos palafreneros de blancas pelucas y casacas galoneadas... Las «Hijas de María», como manojos de azucenas... Las tropas y las músicas marciales... Los mismos obispos y arzobispos, arrastrando las colas de sus mantos de púrpura... ¡Y, sobre todo, el llanto de las flautas, de los oboes, de los fagots y de los pífanos, que llevaban la voz cantante y plañidera en las orquestas!... ¡Aquella princesita tenía, indudablemente, que ir á la Gloria!

El entierro fué en una tarde de Enero, serena y fría. Aquella tarde, absorta en el desfile del fúnebre cortejo, la sorprendió la noche sin haber recaudado el menor óbolo, para que su tutelar madrina pudiese alimentar *la lámpara de su preciosa vida*.

¿Qué hacer?... Entró en la primera iglesia que halló abierta, donde se celebraba una Novena. Cantaban los acólitos en el coro con voces atipladas; voces que parecían volar en las alturas ojivales, despertando los ecos en las bóvedas. De vez en cuando, un sonido argentino le hacía volver la vista hacia la bandeja de petitorio, donde las devotas dejaban sus ofrendas.

—Si yo tuviese ahora una moneda—pensó—, en vez de llevársela á mi madrina, se la daba á la Virgen María.

Luego, acurrucándose junto á un confesionario, se durmió, arrullada seráficamente por las voces melodiosas y por la armonía del órgano. La despertaron bruscamente.

—¡Largo de aquí, pillastra!... ¿Es sitio éste de dormir los vagabundos?...

Era el sacristán, que hacía tintinear, indignado, sus grandes llaves, sujetas á un enorme lla-

vero... ¡Y ella, que soñaba en aquel momento que San Pedro le abría las puertas del Cielo!...

Salió al aire libre y se vió sorprendida por una densa nevada que ya cubría las calles. Entonces, no queriendo aventurarse bajo aquella blanca lluvia, copiosa y persistente, decidió guarecerse en un rincón del pórtico, arrebujándose en sus harapos.

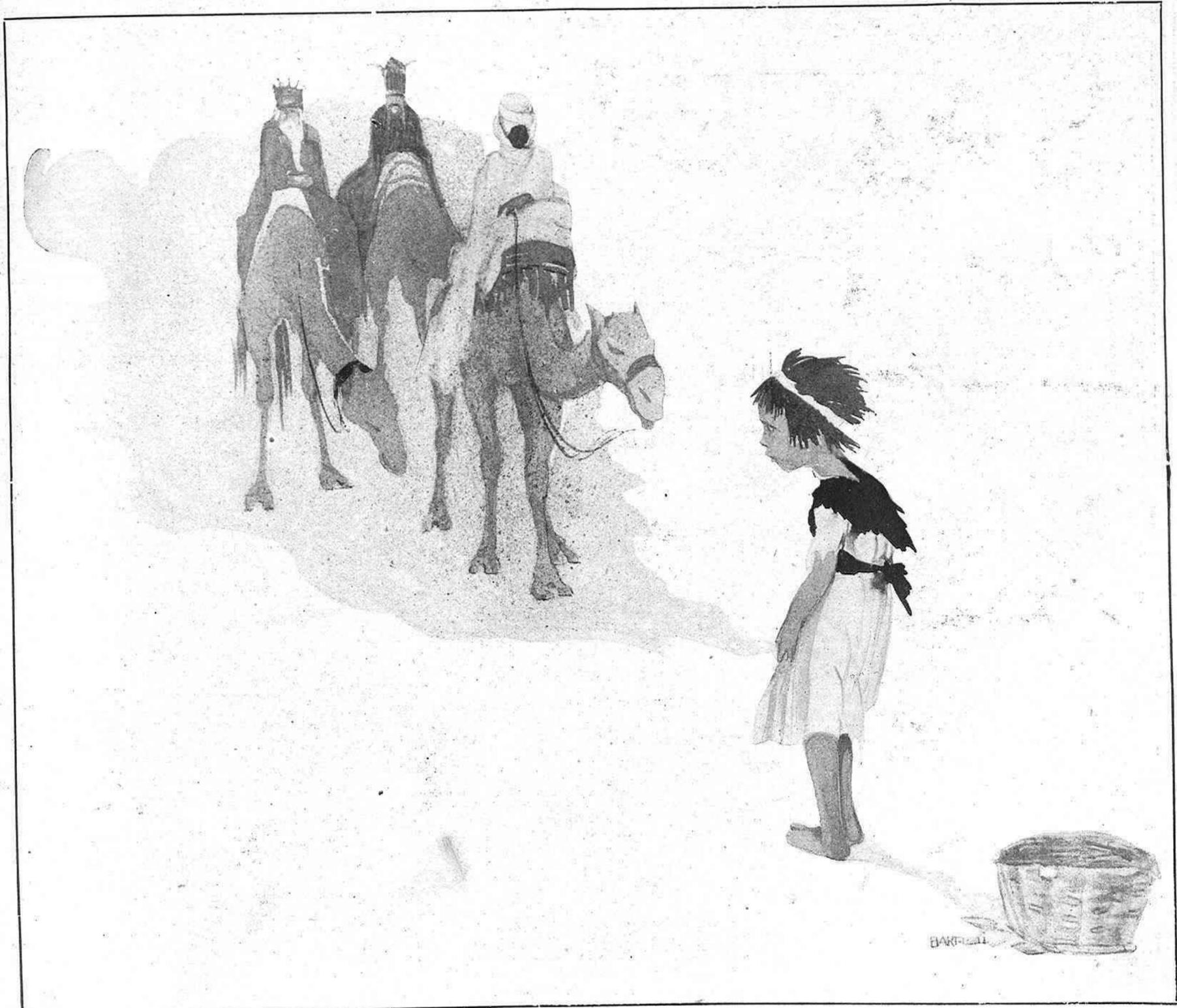
A través del tupido velo de copos, veía confusamente las ventanas iluminadas de las casas próximas, que parecían grandes caras bonachonas de ojos vigilantes, y envidió á las niñas dichas que estaban metiditas en ellas, al amparo del frío.

Como una alucinación vió pasar, con apresuramiento, tres formas gigantescas: eran tres camellos, conduciendo á tres reyes con manto y corona, parte dispersa de una cabalgata anunciadora de un bazar de juguetes; pero á ella le parecieron los propios Magos de Oriente, que se figuraba ver en sueños... Era la víspera de los Santos Reyes, y pensando con pena que no habían querido detenerse ante ella, porque era muy humilde y estaba mal vestida, volvió á dormirse...

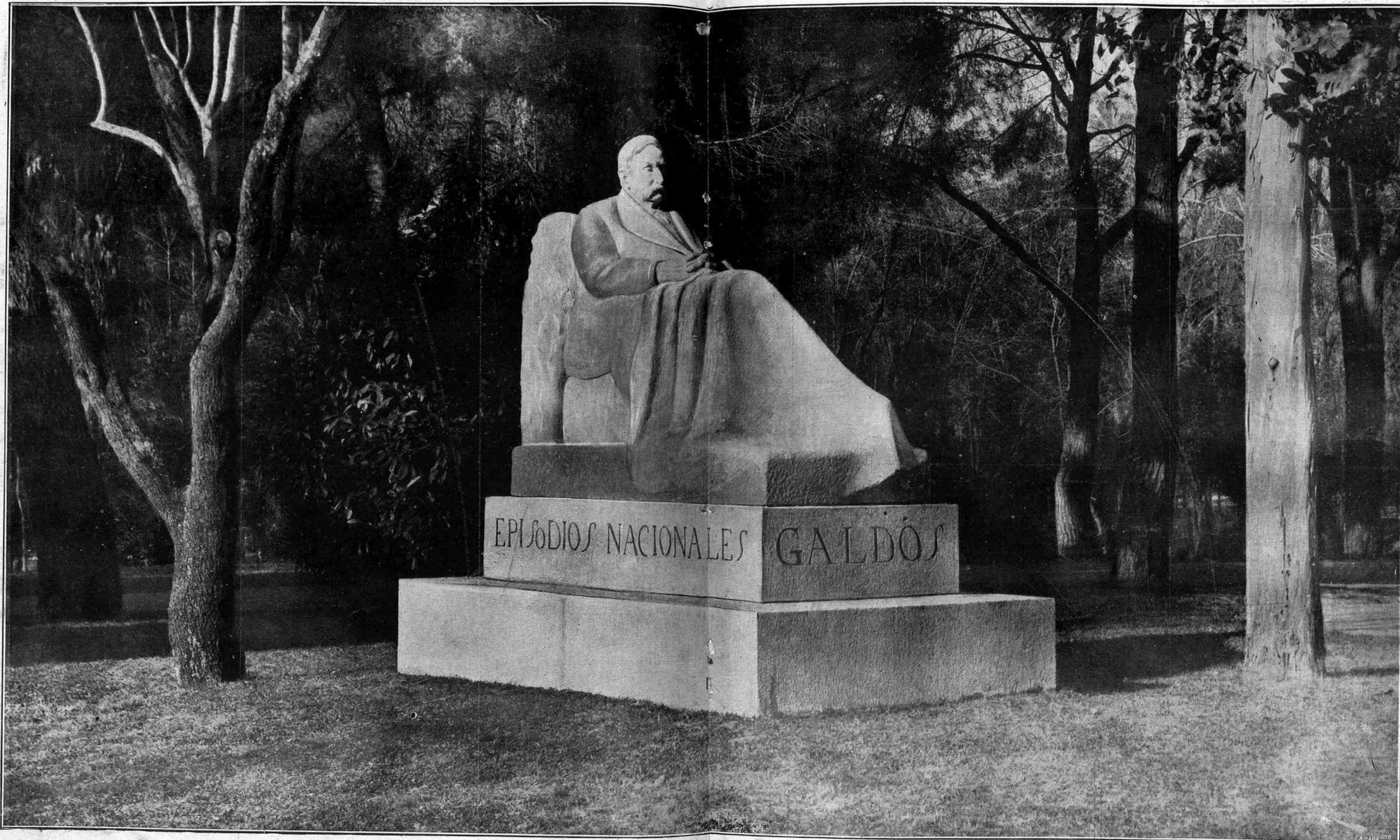
Y soñó... ¡al fin!..., como un milagro de la nieve, que los ángeles más bellos bajaban de las nubes para vestirla con un traje de primera comunión y llevársela en una carroza más blanca y más florida que la de la princesita, con la particularidad de que los corceles tenían alas para conducirla por los aires á un paraíso celestial, donde ningún bien está prohibido...

Goy DE SILVA

DIBUJOS DE BARTOLOZZI



BARTOLOZZI



MONUMENTO Á BENITO PÉREZ GALDÓS, OBRA ADMIRABLE DEL INSIGNE ESCULTOR VICTORIO MACHO, EMPLAZADO EN EL RETIRO Y COSTEADO POR SUSCRIPCIÓN POPULAR

Fot. Martínez

CÁMARA FOTO

CÓRCEGA PINTORESCA



Una vista de Calvi, desde la playa

CÓRCEGA está en la Historia como otros tantos lugares que tuvieron la suerte de ser cuna o sepulcro de grandes hombres; grandes por su talento o por su ingenio; por sus amores o sus desventuras, por sus beneficios o sus maldades. A Córcega le basta, para ocupar una página en la Historia, tener á Ajaccio sobre su suelo, ya que en Ajaccio vino á este mundo Napoleón. Pero Córcega está también en la leyenda, como lo está la española Sierra Morena. Si damos fe á muchas novelas y zarzuelas, hubo un tiempo que en la isla histórica no se podía dormir á pierna suelta. Allí se vivía en plena in-

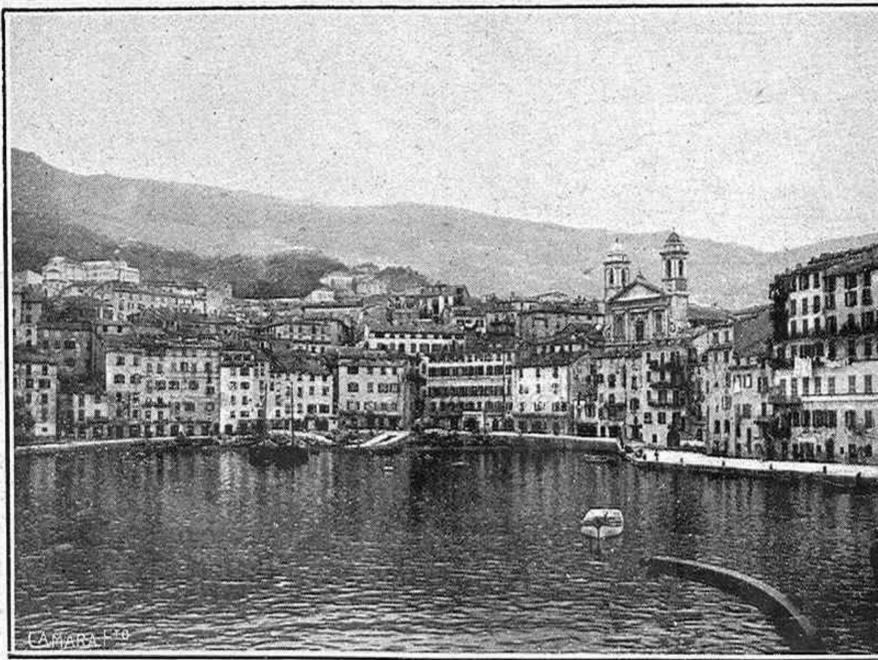
quietud, con la vida y la bolsa pendientes de una venganza o de una ambición, de un rencor o de una codicia. En sus pueblos se reñían verdaderas batallas entre bandos opuestos, y el viandante que osaba aventurarse entre sus peñascos bravíos, recibía el saludo, nada gentil, de un bandido que no tenía nada de generoso. Ni más ni menos que en nuestra sierra cordobesa, cuando andaban libres y campaban por sus respetos los jayanes de la manta de flecos y el trabuco naranjero.

Pero el tiempo no pasó en vano. Sin rencorosos bandos la isla, y limpia de bandidos novele-

ros, ya puede andarse sobre su suelo tranquilamente, buscando el sosegado disfrute de sus bellezas; ya se puede también dormir sin que el sobresalto haga padecer el ánimo. Aprovechándose de la envidiable circunstancia de ser la cuna de Napoleón, piensa hacerse un reclamo recordando el nombre, la figura y las hazañas del gran capitán. La ocasión es, en verdad, propicia, ahora que algunas de las naciones vencedoras en la guerra universal se devanan los sesos buscando un lugar de expiación para el Kaiser, como lo tuvo Napoleón, una isla del Diablo, lo más endiablada posible. Córcega se hará el

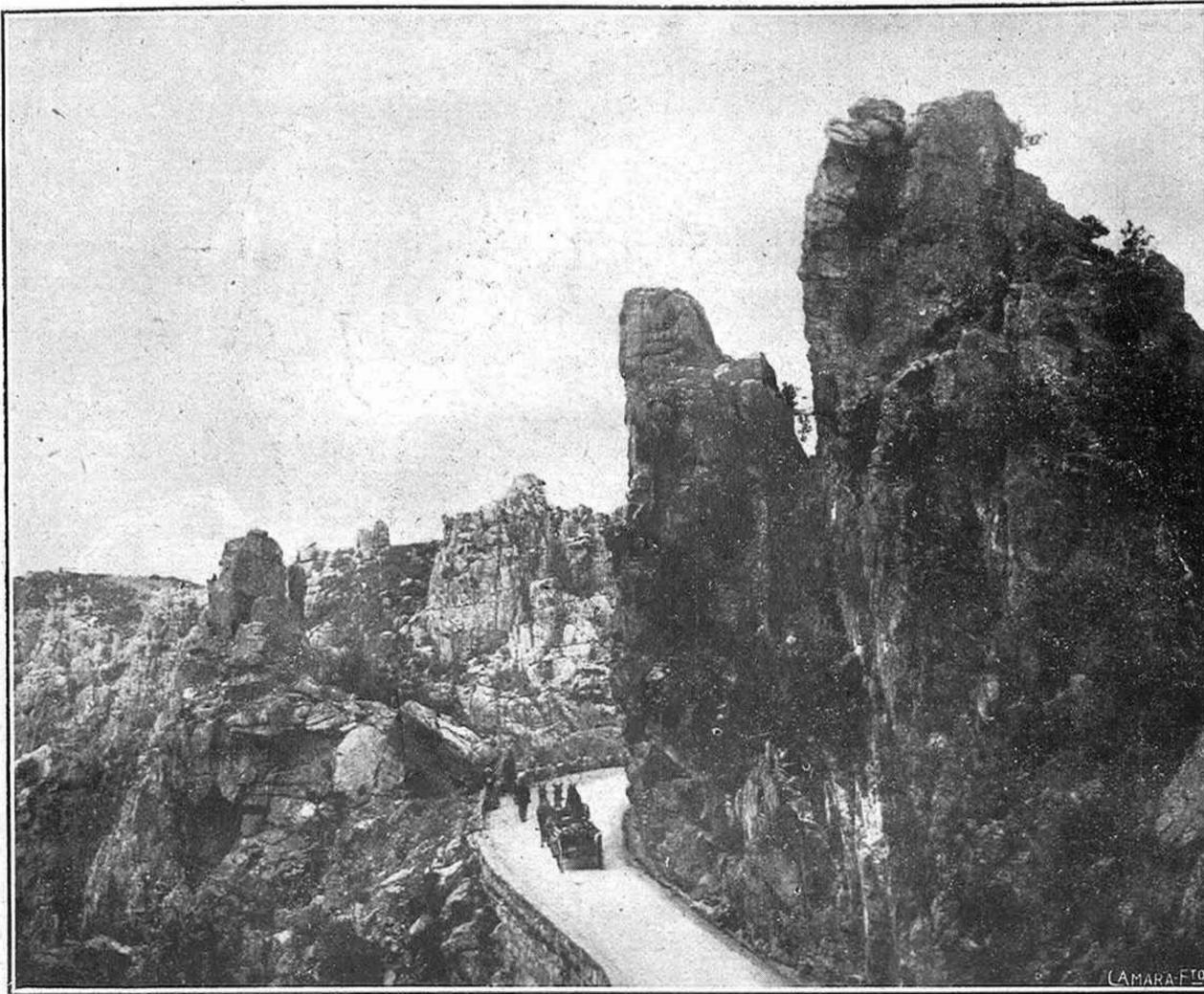


Vista general de Coste



El viejo puerto de Bastia

reclamo como paraíso terrestre, donde los afortunados que puedan hacerlo, sienten sus reales para gozar una temporada de las delicias del ambiente y de las bellezas del paisaje. Dicen que la patria napoleónica pensó, hace tiempo, en convertirse en sanatorio, donde pudieran descansar ó curarse los inútiles ó gastados en la guerra. Contaba Córcega con el imperialismo, como un cómplice seguro y leal. Los reyes, príncipes, grandes duques, cancilleres, consejeros y magnates de Austria y de Alemania, de Bulgaria y de Rusia, podían formar una espléndida y provechosa clientela. Al acabarse la guerra, los próceres imperialistas sentirían el deseo y aun la necesidad de reponer sus fuerzas, de nutrir su cerebro, de equilibrar sus nervios, alterados durante cinco años de cavilaciones y de lucha.



El desfiladero de Piana

Y Córcega les ofrecería su regazo, brindándoles sosiego y curación á cambio, claro está, de los marcos, rublos y coronas que fueran de razón.

Pero no contó Córcega con la democracia.

Y la democracia ha dispuesto que los grandes señores imperialistas, vencidos y proscriptos, vivan donde puedan y les dejen vivir, no donde ellos y su capricho eligieron.

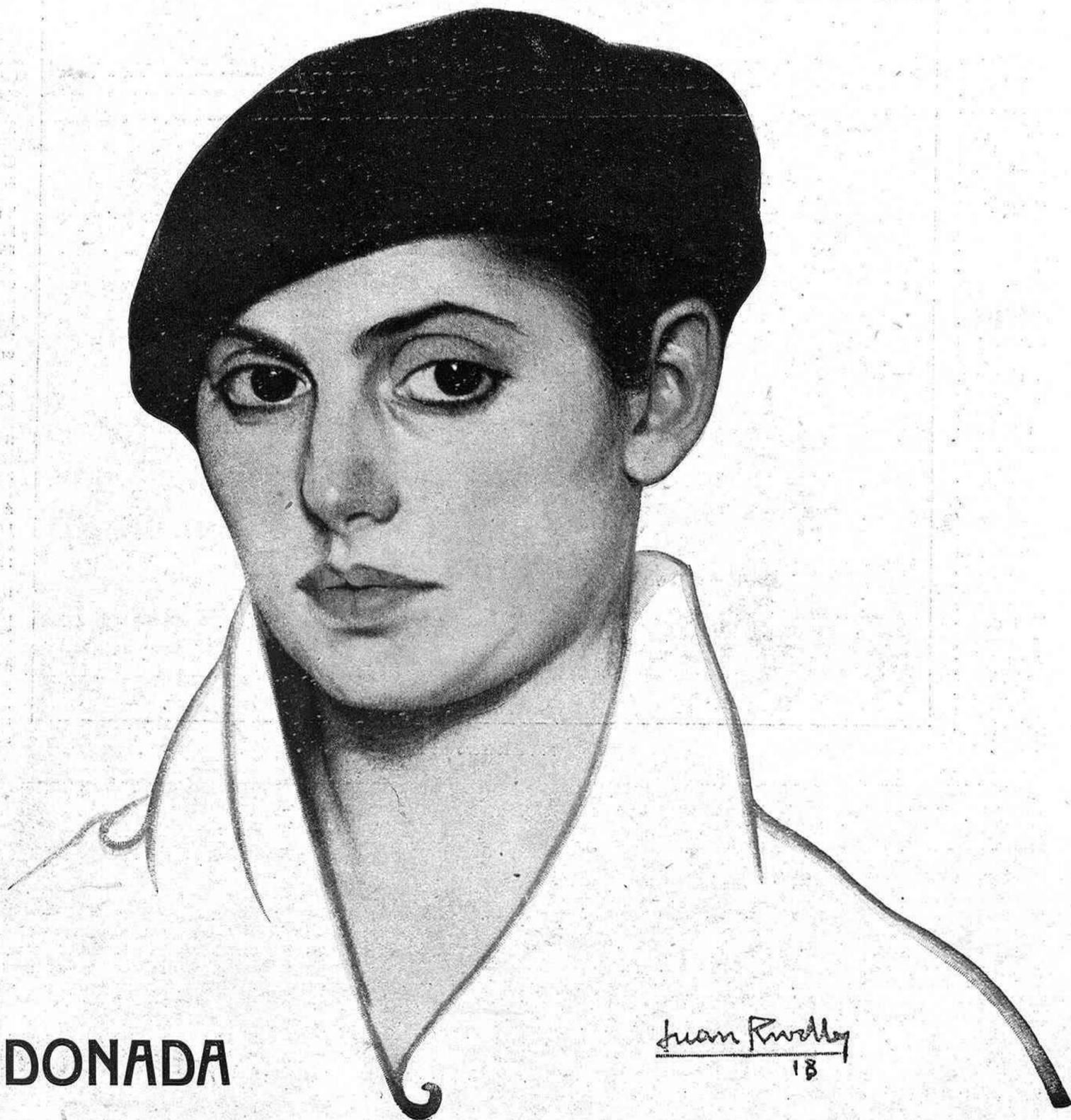
He aquí por qué la isla napoleónica, la de las venganzas noveleras y los románticos bandidos, ha tenido que renunciar á ser sanatorio y aspira ahora á ser paraíso terrestre, de lujo y de placer, como Niza ó Montecarlo.

Bellezas naturales tiene, la Historia es suya, la leyenda la acompaña.

En cuanto logre acreditar sus salones y en ellos triunfen la fortuna y el azar, lo habrá conseguido todo.



Las islas sanguinarias



Juan Rueda
18

ABANDONADA

AQUELLAS gentes que se acostumbraron á veros todas las tardes en vuestro coloquio de película, un idilio de una pareja que la palidez de ella y las melenas del galán tornaban romántica, bajo los árboles de los paseos britanizados; los festigos, entonces envidiosos, sonrien ahora compasivos cuando encuentran sola á la mujercita de juguete, que eres tú, María Eugenia, y al antiguo amigo del brazo de otra amante. Tú misma te consideras postergada en la viudez sin boda y sin que haya muerto el seductor. Sufres, en medio de la pública ironía, la humillación y el desastre de las abandonadas.

¡Pobre..., no, no te adelantes á la verdad; ¡pobre Fernando! A pesar de las apariencias y de los hechos, debe inspirar más lástima el triunfador que sus víctimas. Porque vive en una dolorosa nostalgia tuya, y su sensibilidad, extremada con el arrepentimiento, le hace imaginarse de una manera dramática el bien perdido. Le atormenta esa amargura con que pagamos la deuda de cordialidad que se tiene con algunos seres que ya no existen, y cuya venganza consistirá en llenarnos del espíritu de lo irremediable, en trocar nuestra indiferencia de siempre en una pasión póstuma. Peor aún, ya que tú no has desaparecido de la tierra, ni siquiera de los lugares cotidianos, de esta ciudad, de las calles, y así, al arrepentimiento se mezcla, satánicamente, el deseo acentuado de hablarte y de oír de nuevo tus palabras, tus quejas y suspiros, infundiendo una intensa emoción en las frivolidades de ayer. ¡Pobre Fernando!

Te abandonó; pero, como el año, deja atrás

los dorados días otoñales y se aventura en las crudezas del invierno.

Los recuerdos asaltan al infeliz. Cuando comenzó el juego de un noviazgo sin ninguna prevista finalidad, únicamente por la alegría momentánea, como el corderillo y el pastor brincan en el hato. Cuando estuvisteis juntos y aislados entre el vuelo de los mirlos y el deshojarse de las rosas de un parque. Cuando el bohemio te llevó al estudio de un maestro insigne, y los dos artistas rivalizaban en buscar para tu silueta el fondo de un damasco púrpura ó de una tela oriental, y para tu rostro la comparación con una milenaria porcelana japonesa y con un marfil viejísimo. Cuando te peinabas con la florentina guinalda de las trenzas. Cuando le entregaste al loco pediguño un zapatito de charol, que iba á convertirse en búcaro sobre la mesa de tu poeta. Cuando caminabais, en el crepúsculo, por los olvidados andenes de los plátanos y los álamos. Cuando, sobre todo, cuando te echaste á llorar en un banco de piedra, á la luz de la luna, aquella noche tan perfumada en que saltó el corazón de tu pecho de niña, y el gran orador que es Fernando no acertó á decir las bellas mentiras que exigía el ambiente, y que contenían la verdad de tu alma...

Queda del pasado la visión fugitiva de tu cara, nunca alegre ni tampoco violenta, tan blanca en la obscuridad, en contraste con el ámbar de tu cuello al sol; los mohínes pueriles, y aquel modo con que llevabas tus dedos á su boca para imponer silencio en las letanías de tus encantos; las actitudes caprichosas en la marcha y en el repo-

so, inconscientes alardes de una figulina en la adolescencia, comparables á la flexibilidad de los cisnes, que no quiebran su S al retorcerla; y un eco de tu aroma, y una sonrisa que nace de contemplarte mordisqueando tus guantes, según solías, con algo de pájaro desganado y algo también de niña malcriada. Constantemente evocas un *bibelotage* exquisito y delicioso. Y he ahí tu culpa. Por humildad y por devoción á tu dueño, aureolado con un penacho de la gloria barata, nada exigías, no dabas valor á tus sentimientos, te contentabas con merecer su aplauso más fácil, el que provocan las menudas obras de un bazar artístico. Seguramente, pensabas en las grandes damas que suponías frecuentaba Fernando, y te empequeñecías al borde del abismo. Pero alivia de tu desinterés y tu pureza, y un poco atemorizada con tus escrúpulos morales, de pequeña beata amable, no querías entender las solicitudes del fauno, que á lo mejor despertaba en el recitador de madrigales. Tú esperabas, esperabas, y en tanto, el bohemio loco multiplicaba sus cacerías furtivas y sus escarceos líricos, hasta que cayó, y no podía menos, puesto que nada tan rodeado de peligros como un hombre ó una mujer peligrosos...

María Eugenia, y lo verdaderamente peregrino está en que Fernando bendice su fatalidad, que le llevó á tanta distancia de ti, y por tan sutil modo, que el seductor adora á la abandonada. Y es que el placer de la posesión más absoluta, no vale lo que significa haber salvado, en un lance de amor, la casi inevitable desilusión.

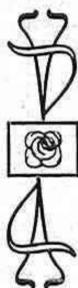
FEDERICO GARCÍA SANCHIZ

EL PALACIO ENCANTADO



El vetusto palacio de las viejas alfombras,
las armaduras graves y las luces sombrías,
dicen que alberga duendes y que se ven sus sombras
tras los altos vitrales de sus torres vacías.

Tiene férreo portón y lóbrega poterna,
encenagado el foso é inservible el rastrillo.
Por fuera tiene trazas de haber sido castillo
y por dentro parece que ha sido una caverna.



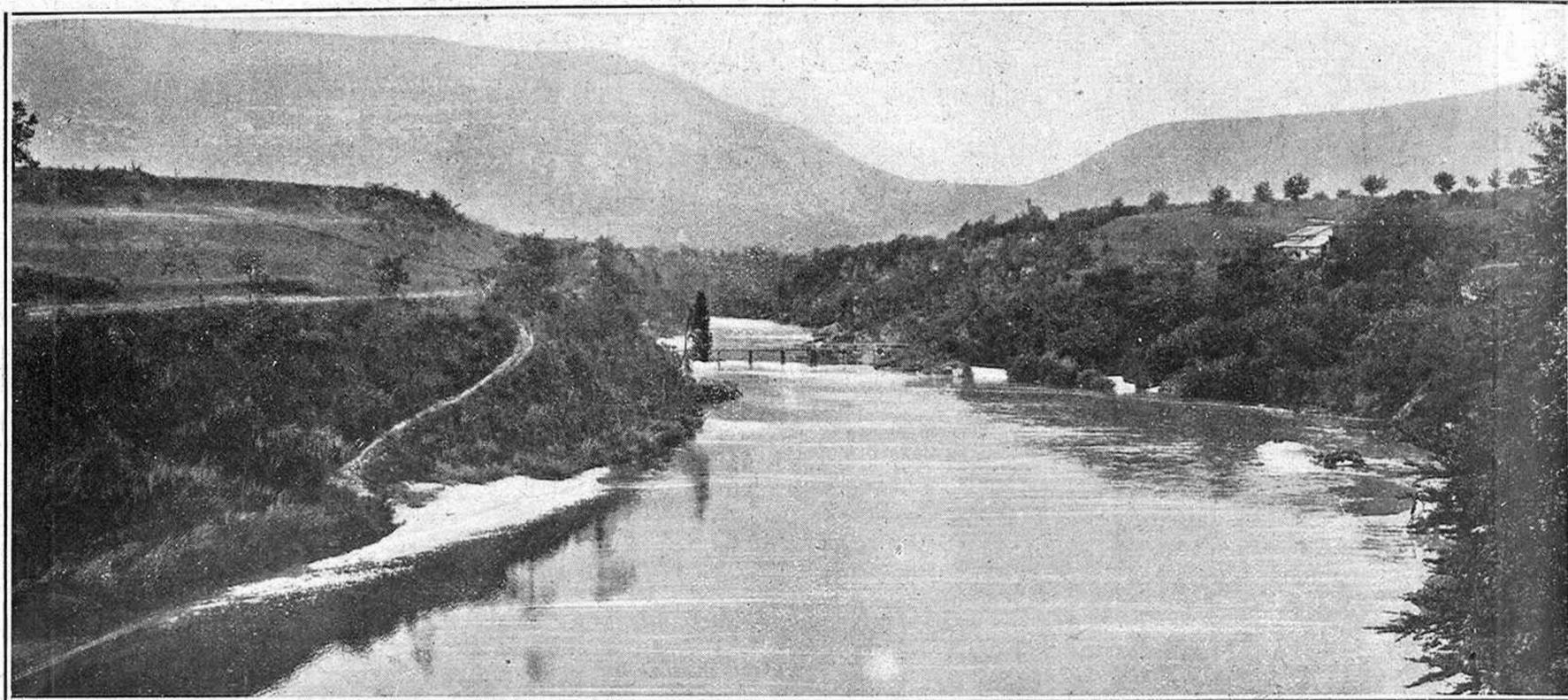
En las noches de Enero, tenebrosas y rudas,
cuando cobran vigor las antiguas consejas
y despiertan las cosas que ante el sol yacen mudas...

del fondo del palacio brotan llantos y quejas,
y hay quien dice que ha visto unas manos huesudas
implorando, crispadas, favor desde las rejas.

Francisco ESCRIVÁ DE ROMANI

DIBUJO DE BUJADOS

OTRA VEZ EN EL ISONZO □ GORITZIA



Un puente sobre el Isonzo, cerca de Goritzia

YA se ha asomado otra vez el rey de Italia á los balcones del Ayuntamiento de Goritzia.

Esta vez no llegó precedido del tronar de los cañones, sino en una marcha triunfal, casi civil, como corresponde á la entrada en territorios que se ocupan y que no se violan. El esfuerzo de Italia en el Piave aseguró la vuelta al Isonzo, tanto, que no puede decirse cuándo se ha logrado la reconquista, si ahora que el rey de Italia pone el pie en la ciudad fronteriza, ó en aquella otra fecha en que el ejército italiano, rehecho del desastre de Caporetto, se preparaba á tomar el desquite en la margen derecha del Piave.

Grandes alegrías ha proporcionado su destino á Italia al final de la guerra. Grande será la de su entrada en Trieste, como lo fué la del arribo de las primeras tropas italianas á la ciudad de Trento; pero estas tierras ásperas del Carso se han empapado tanto en sangre, que cuando hayan vuelto á pisarlas los soldados de Italia, no habrán podido hacerlo sin honda emoción. En el avance del año 15, antes de Goritzia estuvo San Michelo, cuya tierra es hoy sagrada como un inmenso cementerio.

Desde lo alto del castillo veneciano de Goritzia vimos el llano que se extendía hacia la desembocadura del Isonzo. Y enfrente los riscos de Ternova y la imponente masa del Gratsberg. Una línea amarillenta, casi imperceptible á sim-

ple vista, marcaba las trincheras austriacas. Cruzaban el cielo los aviones de guerra y unas aves lúgubres, las bombas, cuyo vuelo no podíamos seguir más que por su zumbido, llevaban á una parte y á otra la destrucción y la muerte. El castillo conservaba aún cierta nobleza señorial; pero era un triste amontonamiento de piedras derruidas y batidas por la metralla, entre las cuales asomaban de vez en cuando las águilas heráldicas. Un observatorio organizado entre montones de sillares rotos permitía á los oficiales seguir con sus anteojos los movimientos de los austriacos. Y la hierba empezaba á crecer por todas partes; crecían los espinos, que acaso en la primavera próxima empezarán á cuajarse de rosas, y un sol espléndido, sol veneciano, sol claro, descubría los contornos del horizonte hasta la laguna de Monfalcone.

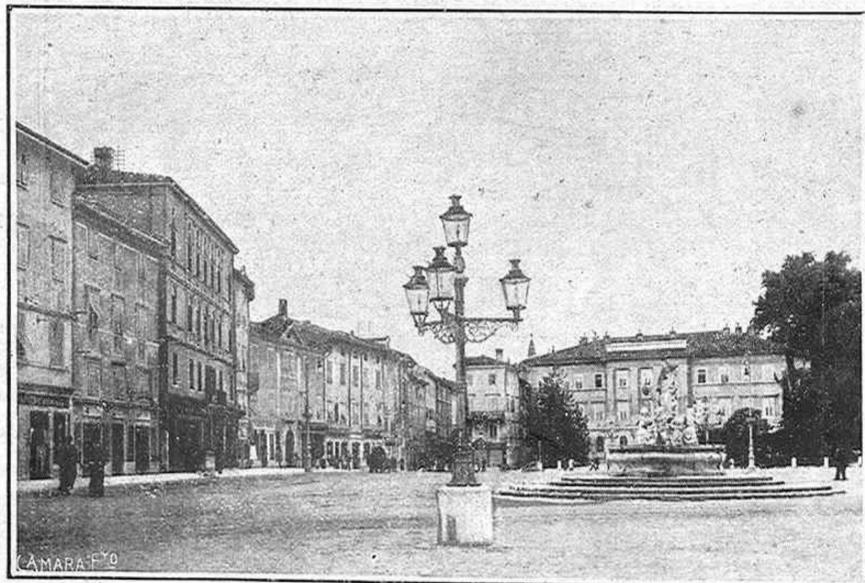
Goritzia es una ciudad que tiene tanto de Italia como de Austria y tanto de Austria como de Yugoslavia. Los campanarios de sus iglesias tienen, unos, la gracia del campanile de San Marcos, y otros, la forma oriental de las torres de Belgrado. Por sus calles pasean con gesto humilde tantos eslavos como venecianos; hay escuelas para cada una de las tres razas. Intervienen las tres en el Municipio, y el tacto de los gobernantes, en la paz como en la guerra, consistió y consistirá en no abrumar á ninguna de las

tres, bajo el peso de ningún predominio. Entonces, eran las bombas austriacas, envenenadas de gases asfixiantes, las que caían sobre sus calles en escombros. Antes habían sido las bombas italianas. Pasividad simbólica de la triste situación de un pueblo condenado á vivir bajo la violencia.

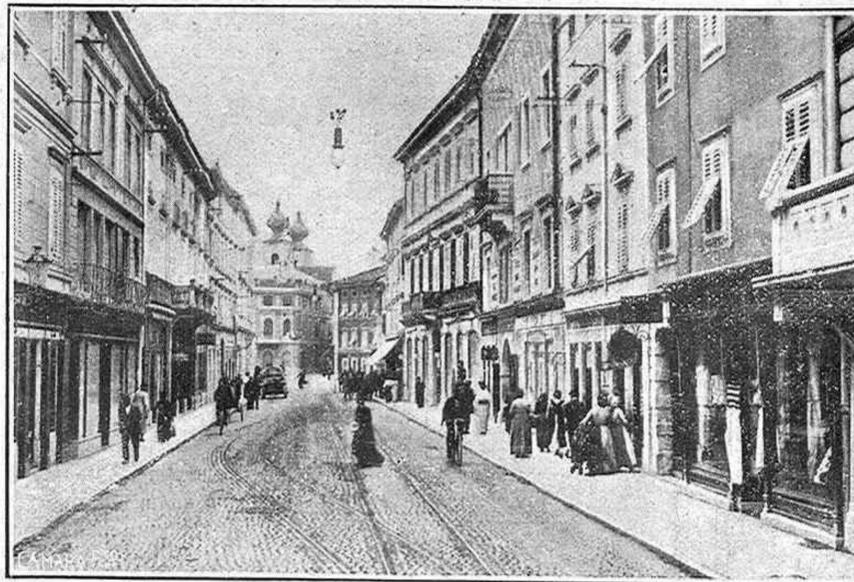
Para descansar un momento de la expedición, entramos en un café situado en el centro de la ciudad; nos sirvieron muchachas italianas poco prácticas aún en su nuevo oficio; el dueño acababa de encargarse del establecimiento, abandonado por un judío tirolés que había sido internado.

Al pensar en la guerra después de Caporetto, siempre imaginado, la vuelta del tirolés á su negocio de Goritzia, su suspiro de gozo al verse otra vez en el rincón del escritorio con su vajilla, sus tazas de metal blanco y sus mesitas de mármol obscuro, tan íntimas, tan apacibles. El techo lo había destrozado una bomba, y seguramente el austriaco no habrá acabado de repararlo al llegar otra vez con el ejército italiano el rey Víctor Manuel. ¿Qué conflicto de propiedad habrá surgido ahora? ¿Se habrá resuelto con la espada ó habrá empezado á reinar en la castigada villa fronteriza el imperio de la justicia?

Luis BELLO.



Una plaza de la ciudad de Goritzia



Una de las más importantes calles de Goritzia

LA MODA FEMENINA  SOMBREROS

Lo primero es lo primero. El número uno es el número uno.

Ninguna de estas dos afirmaciones nos habrá calentado demasiado la cabeza, es indudable; pero sí nos permite expresar que, á nuestro modesto juicio, y á pesar de que esos tres sombreros son todos bonitos y elegantes, el primero se nos antoja el más airoso y acaso también el que más y mejor favorece. Acompaña graciosamente el perfil; *coiffe* bien, que dicen nuestras elegantísimas vecinas las francesas. El terciopelo negro va lindamente plegado; la erguida lazada es también de terciopelo. La parte caída, que viene á terminar casi al nivel de la barba, contribuye á que recordemos aquella picaresca hechura que las parisienses titularon: *Ciel, mon mari...*!, y que tan en boga estuvo hace pocos años.

Conste que el número 2 es asimismo muy bonito, no exento de originalidad, y, como observarán ustedes, más adornado. Está hecho de fieltro azul marino; su forma, más bien estrecha y larga, no oculta el perfil, aunque sí la frente, que ello es de rigor ahora en cuanto sombrero priva. Esa lazada prendida á un lado, ostenta un vivo, no de vivo color, ni muy visible, hecho de galón oro viejo y azabache.

Y el tercero, no menos encajadito, de sencillísima forma, es de terciopelo «marrón»; el fácil adorno que rodea la copa, hecho de la misma tela, lleva un estrechísimo biés de paño crema, en el que apenas se distinguen unas bordadas motitas tono café.

Como ustedes ven, y lo verán con agrado, la sencillez, la bonita y bendita sencillez, impera en los tres sombreros, que pueden pregonar, ufanos, la importancia de una cinta, de un galón y, sobre todo, de una acertada hechura. En este caso, bien nos podemos convencer de que nada es insignificante, ni aun lo fácil; nada es baladí, ni aun lo efímero.

Hay que pensar en el sombrero como en un gran complemento de la *toilette*; más aún, como en «una corona suprema de elegancia».

El asunto de elegir y lucir un sombrero, es más arduo de lo que parece. Conveniría tener muy presente aquello de que la forma más bonita suele ser «la que no

tiene forma». Terciopelo ó paja, seda ó fieltro, bien combinados, pueden convertirse en una obra de arte. ¡Vestir la cabeza! Ello es tan importante como vestir el cuerpo.

Fijémonos bien en estos tres modelos. Un pedazo de tela ó de fieltro han quedado convertidos en otros tantos primores, de esos que complacen en extremo á la diosa Capricho y á su hermana la diosa Buen Gusto, puesto que, como es lógico, ninguna de ellas transige con lo tosco, lo ridículo, lo exagerado.

Digamos una vez más que nos hallamos en el agradable momento de oír hablar menos de las plumas que valen un dineral. Es de temer que dure poco este buen paréntesis, y que hayamos de volver á oír ponderar la belleza y el precio del ave del paraíso blanca, el *curucucús* indico y otras fastuosidades ó vanidades así, que fornarán á estar en boga.

Si es de importancia el estilo propio en el traje, es igualmente necesario en el tocado. Ya os lo ha dicho un hombre cultísimo, que «sabe distinguir» (dése por aludido nuestro admirado amigo Gómez Carrillo): «Toda mujer, por pobre que sea, tiene un estilo propio, que muchas veces sólo un detalle insignificante viene á modificar, dando un *cachet* de originalidad á su tocado, á sus actitudes y á sus expresiones.» ¡Cuántas cosas bonitas en esos pedacitos de tela! Cosas que, las más veces,

no aciertan á «expresar» los adornos suntuosos, las inoportunas excentricidades.

Pongan ustedes sus cinco sentidos en que el sombrero no resulte antiestético é incómodo. El *chapeau mou*, que ahora vuelve á privar, es, bien hecho, una verdadera monada. Y esa otra hechura, que también renace, un si es no es á lo mosquetero y á lo mejicano, es otra feliz resurrección.

Junto á la sencillez que venimos elogiando y aun bendiciendo, se presenta, para alterarla un poquito, un detalle primoroso y coquetón: el imperdible en forma de flecha, prendido en la parte que cae sobre la frente, ligeramente atravesado. Es de plata y piedras *strass*. No es barato ni aun siendo falso, pero su coste no arruina.

Y, en fin, no dudemos ni por un momento que ponerse un sombrero impropio, antielegante y que no favorezca, es ponerse el mundo por montera.

SALOMÉ NÚÑEZ Y TOPETE



PÁGINAS ARTÍSTICAS



UNA CACERÍA EN EL SIGLO XVIII

DIBUJO DE RICARDO MARÍN

CÁMARA-F19

BIBLIOTECA
MADRID



NADIE

Disito el claustro anciano,
ruinoso y venerable.
¿Qué suena aquí? El silencio...
¿Y quién habita? Nadie...
Penetro en la capilla,
de herméticos vitrales
y emparedados santos
al largo de las naves.
Recorro el patio augusto,
de rotos alizares
y antigua fuente seca,
el patio, donde nacen
en orfandad penosa
geranios y arraganes...
Doy solo y no voy solo
por estas soledades:
me siento acompañado
de quién, de quién?... De Nadie.

Pues Nadie me acompaña,
¡sublime personaje,
curioso compañero!
Y Nadie va delante
de mí, bulle á sus anchas
y vaga y corre y hace
sonar el eco vivo
de bóvedas y naves.
Y en la-alta sala obscura
mi raro acompañante
me deja solo! y huye
cobarde, del cobarde.
Se fué, siempre invisible.
Se fué. ¿Quién era? Nadie.
Suena un rumor... El mismo
silencio impenetrable,
que, pálido, se ausulta;
ó el corazón, que late...

Pasa una sombra leve:
la huella de un instante,
la fugitiva sombra
del vuelo de algún ave;
la misma luz acaso;
ó acaso nada; ó Nadie...
Doy solo y no voy solo
por estas soledades;
voy solo por el claustro
ruinoso y venerable...
sintiendo que algo llega
de nuevo á acompañarme:
voy bien acompañado.
¿De quién, de quién?... De Nadie.

José BRUNO

DIBUJO DE OCHOA

LOS PEQUEÑUELOS ANTE LA MAGIA



Hay prodigio en la sala inmensa, que es mar de luz con orillas de oro; hay prodigio en la sinfonía, cuyas notas dicen todas al oído del "peque" la misma cosa: "¡va á empezar!". Luego, ¡santo Dios!, el prodigio del telón que se alza...

De las muestras de invencible poder que al través de las escenas da el Niño Arquero...
(SRTA. J. VELÁZQUEZ)

claros, los ojos divinos de los niños: los ojos que siempre miran de frente... Y el diálogo de las grandes pequeñas impaciencias da principio:

PARA los «peques» la magia comienza en el mismo instante en que papá dice:

—Nenes, esta tarde vamos al teatro...

Tiene esta frase el poder de un conjuro. Ante ese poder se abren, muy grandes, muy redondos y muy

—¡Al teatro! ¿A ver qué? ¿Hay algo que sea divertido?

—A ver *La pata de cabra*...

—¿Es un cuento?...

—Es un cuento de hadas... Un cuento muy bonito.

—¿Salen bichos?

—Muchos bichos: un cocodrilo, dos cangrejos, un mago, un hombre enamorado...

—Ese es el «tonto», ¿verdad?

—Ese es Don Simplicio...

Las cómicas desventuras de Don Simplicio Bobadilla Majaderano y Cabeza de Buey...
(PEDRO SEPÚLVEDA)



Un paradójico Don Juan (SRA. BOIXADER), todo ternura y constancia, que suspira por una pa-

radójica Doña Leonor (SRA. SECO), toda bravura y fidelidad, y la intervención de los Cangrejos y las amenazas del Cocodrilo...

Ya están los «peques» en plena magia... Son mágicas las horas del gran día; las horas que van hacia la Hora, tejiendo un camino de ilusión... Es mágica la calle y son mágicos los coches, las luces, las gentes... ¡Nunca hubieran sospechado los «peques» tanta belleza en las cosas más triviales!...

Pero la gran magia, la magia de magias, abre sus maravillosos portones al brindar, francos, los umbrales del teatro... Hay prodigio en el vestíbulo, cuyos espejos muestran al «peque» su propia imagen, transformada por el brillo de las pupilas y el carmín de las mejillas, y por una sonrisa, entre sincera y forzada, como de persona discreta que alcanzó la dicha, pero que teme no estar á la altura de las circunstancias... Hay prodigio, algo temeroso, en el empaque de esos porteros y de esos acomodadores que parecen generales ó almirantes... Hay prodigio en la sala inmensa, que es mar de luz con orillas de oro, y

con un cielo tan alto que da vértigo contemplar, volando en su azul unos ángeles que parecen girar en derredor de la araña-sol, como las mariposas de la noche en torno de la luz... Hay prodigio de emoción en la sinfonía que la orquesta desgrana, y cuyas notas, escritas por Beethoven ó por Grieg, dicen todas, al oído del «peque», la misma cosa: ¡va á empezar!... Luego, ¡santo Dios!, el prodigio del telón que se alza; de la fantasía que emprende vuelo por el espacio sin fin de lo irreal; del prestigio misterioso—dulce y terrible al par—que tiene el bosque en la noche lunática, mientras que un paradójico don Juan, todo ternura y constancia, suspira por una paradójica doña Leonor, toda bravura y fidelidad... Y la danza de las brujas... Y la aparición del talismán... Y los castillos que se derrumban sin que nadie los toque... Y los candelabros cuyas luces se encienden sin que nadie ponga mano en ellas... Y las paredes que se abren para dejar paso á los fugitivos... Y las bailarinas que brotan del suelo... Y el viaje de don Simplicio á la Luna, y su descenso á las entrañas de la Tierra... ¡Y al fin, los ciclopes encadenados con cadenas de rosas por las Gracias; y la intervención de los cangrejos; y el discurso del mago; y las amenazas del cocodrilo...; y sobre todas las cosas, sobre toda armonía y toda discordancia, sobre toda belleza y toda monstruosidad, sobre

la vida y sobre la quimera, el triunfo del Amor ó la «Pata de cabra»!...

De toda la figurada realidad de este cuento ingenuo y fantástico; de las cómicas desventuras de don Simplicio, el «tonto»; de las aventuras maravillosas que emprenden y logran don Juan y doña Leonor; de las muestras de invencible poder que al través de las escenas y de las mutaciones da el Niño Arquero; de toda la figurada realidad de este cuento ingenuo y fantástico, sólo queda en el espíritu de los «peques» un inefable asombro... Un maravilloso asombro.

Nada saben ellos de ese amor que tiene que luchar y que acierta á vencer... El amor que ellos conocen ignora toda contienda y vive en la segura paz que ofrece siempre—pe-se á toda travesura y á toda desobediencia—los brazos de papá y de mamá... No comprenden, por lo tanto, la moraleja de la fábula, pero esta fábula queda en su imaginación para siempre... Más tarde, pasados los años, cuando los «peques» sean hombres y mujeres, y cuando sufran y gocen de ese amor, cuya sombra es el dolor, volverán por los recuerdos de su infancia camino de este día, lejano ya, de los prodigios, y evocarán sonriendo, y tal vez llorando, los de *La pata de cabra* que no siempre son ciertos...

Pero esto será pasados los años... Ahora, cuando el telón cae; cuando las luces de la sala se apagan; cuando los porteros y los acomodadores no parecen ya generales ni almirantes; cuando los espejos del vestíbulo reflejan las imágenes sin transfigurarlas; cuando la calle vuelve á su habitual banalidad y la puerta de la casa se abre dando paso no ya hacia el ensueño sino hacia el sueño, los «peques» sienten un gran deseo de olvido, y al refugiarse entre las sábanas de sus camitas blancas se adormecen cubriéndose la cara con el embozo, para ahuyentar las visiones del cocodrilo y de los cangrejos, de Vulcano y de los ciclopes, visiones prestigiosas en el teatro, pero importunas por demás en la soledad y en la sombra de la alcoba, donde los «peques» reposan y sueñan...



Don Gonzalo
(SR. GUTIÉRREZ)



Lazarillo
(SR. CORCUERA)



Don Lope
(SR. JEREZ)



Y sobre todas las cosas; sobre toda armonía y toda discordancia; sobre toda belleza y toda monstruosidad; sobre la vida y sobre la quimera, el triunfo del Amor...

Antonio G. DE LINARES

MIRANDO AL PASADO
LA CASA ENCANTADA

EN la acera derecha de la calle del Duque de Liria, conforme vamos al palacio de Alba, hay una casa viejísima, cuyo historial se encuentra en los anales de Madrid, y tratado de una manera muy amena por antiguos y modernos cronistas.

Algunas de esas famosas plumas, que han referido donosamente las conocidas aventuras de la casa encantada, no han tenido acierto para determinar el lugar preciso de los encantamientos. Ello es muy de lamentar, no sólo por el nombre prestigioso de los escritores que han caído en error, sino por lo que puede significar para la posteridad que analice nuestros textos. De tal guisa, yo quiero dejar la verdad en su punto, y precisamente en estas páginas de LA ESFERA, que de modo tan amplio recogen la cultura patria, por ser en ellas donde no ha mucho se han deslizado algunos conceptos equivocados sobre el particular.

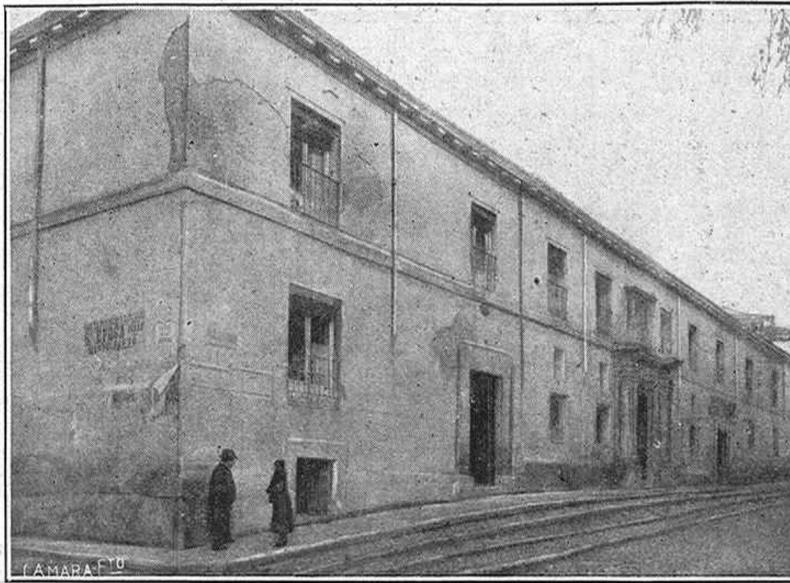
Al hablar de la casa del *Duende*, unos dicen que no existe y otros que prosigue en la calle de la Princesa.

Ni lo uno, ni lo otro. La casa del *Duende* existe; sí, señores, existe, que no es lo mismo que hacerla desaparecer por obra y gracia de su propio encantamiento. La casa encantada es la que ocupa toda la acera derecha de la citada calle del Duque de Liria.

No falta quien cree que este edificio es una continuación del convento de Afligidos, que estuvo frente a la capilla del Príncipe Pío.

Vamos a demostrar todo esto, del modo más breve y sencillo, en un compendio del detenido estudio que tenemos hecho.

La casa encantada, según los libros y papелotes consultados, estaba en la calle del Conde Duque. En lo antiguo, la calle del Conde Duque



Casa llamada del "Duende", en la calle del Duque de Liria, de Madrid

era la que hoy se llama del Duque de Liria, pues la que ahora conocemos con el nombre de Conde Duque denominábase del Medio Cuartillo. Aquella del Conde Duque se llamó después de Olózaga y posteriormente de la Princesa.

He aquí el origen de esa duda que no se han molestado en despejar los cronistas madrileños. Calle de la Princesa, antigua. Calle de la Princesa, moderna. En general, confundida en el correr de los años la calle de la Princesa. Y en la calle de la Princesa, esquina a la plaza del Seminario, una casa de leyenda, de misterio, del *Duende* también. Pero otra casa.

Distingamos. Esta segunda casa encantada — encantada porque nos entregamos a la corrien-

te — se derribó en 1884. ¿Por eso se dice que no existe? El razonamiento es consecuente. ¿Pero no se ha repetido, no hemos dicho todos, yo el primero, que en la casa del *Duende* habitaron Fulanito y Menganito? Pues bien; en la casa número 6, antiguo, de la calle de la Princesa no pudo ser, no fué, porque dicha finca pertenecía al Patrimonio y fué vendida, el 12 de Septiembre de 1865, a D. Francisco Muñoz, según certificación expedida por D. Francisco Cos-Gayón. Esta casa, que tenía una capilla y unas columnas en la planta baja, la habitaron la hija de D. Francisco Muñoz y algunos otros vecinos hasta su derribo por ruinoso en el supradicho año 1884. Era la manzana 547. En el registro de Visita general se llama del *Duende* a la manzana 544, que es la que ocupa la acera derecha de la calle del Duque de Liria. De uno a otro lugar hay ciento sesenta pasos.

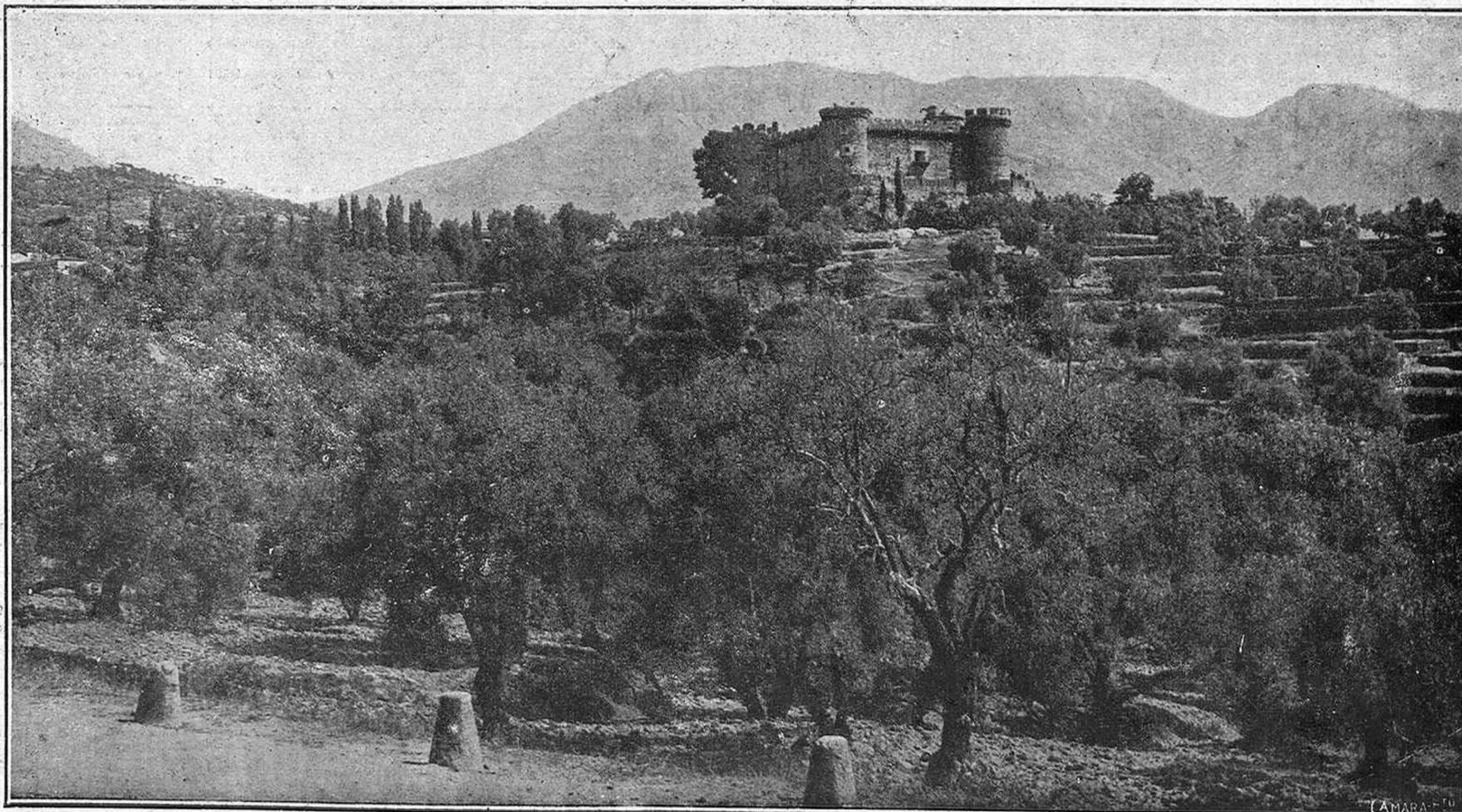
En papeles de aquellos tiempos consta que los enanos que sorprendieron a los jugadores entraron por la puertecilla de la calle de Manuel. De la calle de Manuel a la de los Mártires de Alcalá he dicho que hay cerca de doscientos pasos. ¿Hace falta más demostración?

Lo que ocurre es que en la casa de la calle de la Princesa vivió cierto favorito adiestrado en las cañas y torneos, el célebre D. Fernando Valenzuela, llamado *el Duende*, de quien se contaban no pocas aventuras y que había ascendido por la posta.

¿Estamos de acuerdo? ¿Queda despejado el error? Estas cosas no pueden alterarse a capricho. La casa encantada existe, y quiera Nuestro Señor por muchos años conservarla.

ANTONIO VELASCO ZAZO

PANORAMAS DE ESPAÑA



Hermosa vista del castillo de Mombeltrán

FOT. WUNDERLICK

Piano Manualo



CASA CAMPOS
Calle Nicolás M^o Rivero, 11
MADRID

El mejor de los pianos automáticos
PRECIO 3.500 PESETAS

HELIOS

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

¿HA VISTO UD.

los preciosos tarritos de Talavera (auténticos) que contienen la **CREMA FISAN**, sin grasa?

SEÑORA:

Estamos seguros de que la crema que Ud. usa (sea cualquiera la marca) es inferior a la nuestra. Para la belleza y salud de la piel nada hay tan perfecto como la **CREMA FISAN**

ES UNA VERDADERA CREACIÓN



◇ ORZA, 2,50 ◇

Loción Fisán, sin grasas ni alcohol, lo mejor para la cabeza, 7 pts.—Polvos Fisán, de 0,60 a 10 ptas. caja.—Colonia Fisán, mejor que la mejor, única antiséptica, 3,50.—Rom-quina, 2.—Polvos dentífricos, 1,50.—Brillantina, 3.—Tintura progresiva para el pelo, 4.—Estuche de propaganda, cuatro productos, una peseta.

FÁBRICA DE PERFUMERÍA **FISAN**:

NACIONES, 17, Madrid.—Teléfono S-1.008

Lea Ud. los miércoles

MUNDO GRÁFICO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA

30 cts. en toda España

COMPAÑY FOTÓGRAFO
Fuencarral, 29, Madrid

EVITANSE

TRATANSE

CURANSE

TODAS LAS ENFERMEDADES

DE LAS

Vias Respiratorias

con el empleo de las

PASTILLAS VALDA

ANTISÉPTICAS

Pero no se responde del éxito sino empleando

LAS VERDADERAS

PASTILLAS VALDA

EXIJANSE PUES

en todas las farmacias

En **CAJAS** de a Ptas. 4.50

con el nombre **VALDA** en la tapa

y nunca de otra manera

AGENTES GENERALES: **Vicente FERRER et C^o**,

BARCELONA.

➔ Sucursal de LA ESFERA ➔
MUNDO GRÁFICO y NUEVO MUNDO

LIBRERIA DE SAN MARTÍN

PUERTA DEL SOL, 6, MADRID

FUNDADA EN 1854 • APARTADO 97

Se remite gratis, á quien lo solicite,
☞ Catálogos y su Boletín mensual ☜

ALHAJAS

BRILLANTES, PERLAS, ORO, PLATA Y PLATINO SE PAGAN COMO EN NINGUNA PARTE :: VENTA DE BANDEJAS, CUBIERTOS, VAJILLAS Y VARIOS OBJETOS PLATA DE LEY, AL PESO ☞ FERNANDEZ Y VEIGA, ESPARTEROS, 16 Y 18, TELEFONO 2.529, MADRID

Fórmula:
Menthol . . . 0.002
Eucalyptol . . . 0.0005
Azúcar-Goma.

SIROLINE "ROCHE"

El frasco fcos 4.

Pidase en todas las buenas farmacias.

Tomada a tiempo, la SIROLINE preserva de enfermedades más graves a los que están atacados de afecciones de las vías respiratorias: *Catarros, Tos rebelde, Gripe, etc*

Deben tomar la SIROLINE:

1. Cualquiera que se halle propenso a adquirir resfriados, porque más vale prever que curar.
2. Los niños escrotulosos, a los que mejora muchísimo el estado general
3. Los asmáticos, a los cuales alivia considerablemente sus sufrimientos.
4. Los adultos y los niños atormentados por una tos pertinaz, a los que rápidamente contiene las quintas dolorosas.

Lea usted los viernes

NUEVO MUNDO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA

Número suelto: 40 cénts. en toda España

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

| | | |
|------------------------|-----------------|------------|
| MADRID Y PROVINCIAS... | Un año..... | 30 pesetas |
| » » » | Seis meses..... | 18 » |
| EXTRANJERO..... | Un año..... | 50 » |
| » » » | Seis meses..... | 30 » |
| PORTUGAL..... | Un año..... | 35 » |
| » » » | Seis meses..... | 20 » |

Oficinas: Hermsilla, 57.—Teléfono S-9

Fruta laxante refrescante
contra el

ESTREÑIMIENTO

*Almorranas, Bilis,
Embarazo gastrico é intestinal, Jaqueca*

TAMAR INDIEN GRILLON

Paris, 13 Rue Pavée
y en todas las farmacias

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

VIGOR

rápidamente

SALUD

obtenidos



con el uso del

VINO DE VIAL

Por su acertada composición

QUINA, CARNE LACTO-FOSFATO de CAL

es el más poderoso de los tónicos.

Conviene a los convalescientes, ancianos, mujeres, niños y todas las personas débiles y delicadas.

EN TODAS LAS FARMACIAS.

Suscríbese á
EL SOL

Lea usted
EL SOL

Suscríbese á
EL SOL

en combinación con su Biblioteca, que ha
publicado ya los siguientes volúmenes:

- I. «Carmen», por Próspero Mérimée.
 - II. «Viajes y recuerdos», por Vicente Vera.
 - III. «El eterno marido», por Dostoievsky.
 - IV. «Postfigaro» (artículos inéditos de Mariano José de Larra, primera serie).
 - V. «La monja alférez», por Catalina de Erauso.
- Volumen sexto, último que se ha repartido á los señores suscriptores:

Stépanchikovo, por Dostoievsky.
(Traducción de R. Baeza)

EN PREPARACIÓN:

«Postfigaro» (segunda serie de artículos inéditos y no coleccionados, de Mariano José de Larra).

«Rojo y negro», por Stendhal.

Todos estos tomos pueden adquirirse también en todas las librerías, al precio de 1,50 pesetas ejemplar.

Sección de colocaciones de

EL SOL

CONVIENE: A los que solicitan trabajo. A los que necesitan empleados ú obreros.

¡Acudid á la Sección de colocaciones de EL SOL, Príncipe, 2, Madrid, y leed diariamente en EL SOL las operaciones que realiza!

EL SOL

Redacción, Administración y Talleres: Larra, 8. Teléfonos: J. 44, J. 517 y J. 518.—Sucursales: Madrid, Príncipe, 2. Teléfono M. 2.156.—Puerta del Sol, 6, librería de San Martín.—Barcelona: Rambla de Canaletas, 9.—Oyiedo (para toda Asturias): Pílares, 12, edificio Ojanguren.

EL SOL